



NÁUFRAGO

Romance Gay Primera Vez #

MATT WINTER

Náufrago
Matt Winter

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

ADVERTENCIA: este libro contiene situaciones y lenguaje adulto, además de escenas sexualmente explícitas, que podrían ser consideradas ofensivas para algunos lectores. La venta de este libro es solo para adultos. Por favor, asegúrese de que este libro está archivado en un lugar al que no puedan acceder lectores menores de edad.

Título: *Náufrago*

Copyright © 2024 – *Matt Winter*

Primera edición, marzo 2024

Instagram: @mattwinter_author

Gracias por comprar esta novela.

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[Otras novelas de la serie «Primera vez»](#)

Me gusta escribir y me gusta que me lean.
Sin lectores un escrito no es nada.

Escanea el código QR y te regalo una novela ¡GRATIS!



CAPÍTULO 1

Tom

Cuando veo que Frank se frota las manos y me mira de soslayo sé que pasa algo.

—Suéltalo —le animo, señalándolo con la barbilla.

Él carraspea, se seca las manos en el pantalón, da un par de vueltas por la habitación y al final se atreve a encararme.

—Te vas a cabrear, Tom.

Mis cejas se fruncen de inmediato. Frank y yo no solo somos compañeros de trabajo, también buenos amigos desde que éramos niños. Los dos procedemos de barrios obreros donde la droga se llevó a la mitad de nuestros colegas de la adolescencia. Los dos hemos sobrevivido porque somos duros. Los dos nos hemos hecho a nosotros mismos. Si hemos llegado hasta aquí es por eso.

Me conoce tan bien que sabe lo que pienso antes de decirlo y cuando en más de una ocasión me ha soltado esa frase, «te vas a cabrear», nunca se ha equivocado.

—Pues dilo rápido o vas a ser tú quien pague las consecuencias —le amenazo mientras termino de secarme tras una buena ducha.

Vuelve a dudarlo y sus manos trazan círculos sobre la pernera de sus pantalones. Este largo fin de semana compartimos habitación en el resort donde la empresa nos ha reunido a sus mejores *brokers* para que surja entre nosotros «entendimiento y camaradería», según palabras de nuestro director general, un presumido snob que solo sabe de números.

Suelta un ligero suspiro.

—Adam McLaren está aquí.

Se hace el silencio. En la quietud noto cómo me cruje la mandíbula al apretarla, hasta tal punto que Frank da un paso atrás.

—¿Y qué mierda hace ese gilipollas aquí?

Mi amigo se encoge de hombros.

—Me han dicho que va a formar parte del equipo.

—¡Y un carajo! —se me escapa.

Él alza las manos, conciliador.

—No nos compete a nosotros decidirlo, Tom, y has de reconocer que es bueno en lo suyo.

—Es un niño de papá, eso es lo que es. A ese tipo nada le ha costado un puto esfuerzo. No puede jugar con nuestras mismas reglas.

—Deberías tranquilizarte.

Arrojo la toalla al suelo y voy en busca de mis *slips*. Noto que Frank sigue manteniendo el mismo cuidado, taimado, pues una palabra inadecuada y es muy posible que la pague con él sin tener culpa de nada.

Me subo la prenda recolocándome el paquete para que quede a un lado y busco en mi

bolsa unos pantalones que ponerme.

Quizá Frank tenga razón y no deba preocuparme. Nuestra empresa no solo es grande, sino que tiene varias sedes. Sería demasiada desgracia que al jodido de Adam McLaren lo mandaran a mi mismo edificio, una puta desgracia.

Lo nuestro viene de lejos. Mi padre era un simple peón en una fábrica de ladrillos propiedad del suyo y cuando niños compartimos pupitre en la misma escuela. Yo iba allí porque era gratuita para los hijos de los operarios. Él porque su padre quería que aprendiera a manejar a la gente que más tarde trabajaría para su familia. Así son los ricos, así de cabrones.

Desde pequeños nos llevamos mal y mi madre aseguraba que a papá lo pusieron de patitas en la calle porque yo le partí la cara de una hostia al bonito hijo del dueño, cosa que nunca me perdonó.

Fue entonces cuando abandonamos el pueblecito encantador por un peligroso barrio de la ciudad donde había otra fábrica que necesitaba obreros, con una casa más pequeña, un padre más borracho y una madre más amargada. Fue ahí donde conocí a mi amigo Frank, y donde perdí, al fin, de vista al maldito Adam McLaren.

Pero no fue por mucho tiempo.

Quizá todo el odio que anidaba en mi corazón se destiló en unas ganas casi dolorosas de salir de allí, de aquella vida oscura y dura, y con lo único que contaba era con una mente clara y una memoria que no olvidaba las ofensas.

Esa memoria hizo que sacara buenas notas, que pasara el bachillerato con matrícula a pesar de seguir siendo el matón de la clase, y que consiguiera una buena beca para la universidad.

Allí fue donde me encontré de nuevo con el jodido Adam McLaren y con su bonita cara de niño pijo.

Intenté esquivarlo. Juro que intenté esquivarlo, pero sus ropas de marca, sus amigos que olían a colonia cara, su coche descapotable excesivo para un chico de su edad, su novia preciosa que parecía una modelo y su actitud distante y engreída provocó que una noche donde no había contado cuántas cervezas me había bebido, le partiera otra vez la cara.

En esta ocasión la cosa se complicó porque me cancelaron la beca, tuve que trabajar duro para continuar con los estudios y pedir un préstamo estudiantil que estaré pagando hasta el día que me muera.

¡Maldito Adam McLaren! ¡Jodido Adam McLaren! Cómo te odio.

Con las mandíbulas apretadas logro encauzar la furia que su solo nombre provoca en mí, y tranquilizo a Frank con una mirada.

—Habrás que aguantar sus gilipolleces el fin de semana. El lunes Adam McLaren volverá a ser historia.

—Hay algo más.

Me parece ver una gota de sudor descender por el rostro de mi amigo, y un malestar se me encaja entre las escápulas. A Frank no le pasa desapercibido que pude pagar la universidad dando hostias y que mi humor no es de los mejores.

Quiero decir, cuando me quitaron la beca fue cuando empecé con el boxeo y te juro que cada puñetazo que di en un saco de entrenamiento y cada uno de los que les daba a mis contrincantes en el ring tenían por objeto a Adam McLaren, y si gané cada combate fue porque mi odio hacia él pudo hacerlo.

¿Entiendes ahora por que Frank está tan nervioso y por qué es importante que vea cuanto menos posible a ese jodido niño de papá?

—Desembucha —aleteo una mano y él sabe que ya no me queda paciencia. Se pasa una mano por el pelo.

—Va a ser tu compañero para la prueba de mañana.

La respuesta me sale como si hubiera pisado una trampa de osos: de repente

—¡Y una mierda!

Frank vuelve a alzar las manos. Aún no está seguro de que no vaya a pagarlo con él.

—Está en el tablón —señala hacia la puerta, como si eso lo explicara todo—. Lo estaba poniendo el jefe cuando venía hacia aquí.

Termino de abrocharme la camisa y me la dejo coja, lo que me enerva aún más. Esto hay que solucionarlo de inmediato. No voy a montarme en un jodido barco con ese malnacido, no voy a saludarlo, no le estrecharé la mano, ni le hablaré ni... no lo quiero cerca de mí.

—Le diré al jefe que me cambie de equipo —vomito, y yo mismo noto que mi voz suena fatal.´

Frank intenta hacerme entrar en razón.

—Se lo he dicho, Tom, y me ha contestado que no —traga saliva—. Que eres el mejor de la división y McLaren necesita tenerte a su lado mientras aprende cómo funciona nuestra empresa.

Me abro la camisa con tal fuerza que varios botones saltan por los aires. Frank se asusta y da otro par de pasos hacia atrás. Tiro la camisa inservible al suelo y busco otra sin fijarme en ella. ¡Odio a ese tipo!

—Esto es una broma, ¿verdad? —arengo mientras intento no saltarme ningún ojal—. Una puta y jodida broma.

—Me temo que no —tercia mi amigo.

Lo miro fijamente, como si él tuviera culpa de algo.

—Pues creo que mañana el señorito McLaren se va a llevar la tercera hostia de su vida, y que va a ser la definitiva.

Y con la camisa a medio abrochar y la americana en la mano, salgo de la habitación camino del bar, con la idea puesta en que si logro encontrarme allí a Adam McLaren quizá pueda partírla la cara hoy mismo y así mañana me ahorraré navegar con él.

CAPÍTULO 2

Adam

No esperaba encontrar aquí a Tom Perkins. Desde luego que no.

En el pasado fuimos amigos. Bueno, muy en el pasado, cuando compartíamos mesa en una encantadora escuela rural donde mi padre tenía una de sus fábricas, una de esas que vendió para comprar otra mayor.

Era un niño testarudo, bastante bruto diría yo, pero con un buen corazón. Él y su familia desaparecieron de un día para otro. La maestra dijo que cada año entraban y salían nuevos alumnos. Mi padre que los obreros son así, unos desagradecidos. Lo eché de menos, de verdad. Me gustaba estar con él.

Las casualidades hicieron que nos encontráramos unos años más tarde, cuando ambos cursábamos Económicas en Standford. Me alegré. Eso significaba que la vida le iba bien, que había prosperado si podía permitirse una universidad como aquella. Nos vimos varias veces, algunas de ellas con bastante intensidad, hasta que una noche se lio a puñetazos conmigo.

Me hubiera podido defender, pero con esos brazos y esos puños Tom Perkins no es alguien que te puedas quitar de encima tan fácilmente.

Me partió el labio y me puso un ojo morado. Yo le impacté en la nariz, pero no con la suficiente fuerza como para rompérsela. A partir de ahí dejamos de hablarnos y de nuevo fue algo que lamenté.

Desde entonces hasta ahora no hemos vuelto a vernos ni he sabido de él, por eso, cuando lo veo atravesar el pantalán con el bañador Speedo y una camiseta sin mangas, un cosquilleo extraño me entra en el estómago y me siento incapaz de dejar de mirarlo.

—¿Quién es? —oigo a mi lado.

Cuando me vuelvo me encuentro con Corinne, la amiga de mi exnovia, que ha urdido para que me contraten en la empresa. Mi jefe, el primero que he tenido en mi vida, es su padre, y ella una chica que sabe lo que quiere.

Vuelvo la vista a Tom.

—Nos conocimos en la universidad —le digo una verdad a medias—, pero dudo que se acuerde de mí.

—Está para comérselo —se muerde el labio inferior.

Su comentario me molesta, aunque no logro saber por qué. Vuelvo a mirarlo. Ahí están sus profundos ojos negros, el cabello alborotado del mismo color, la barba densa que ya llevaba en el instituto, y el cuerpo musculado de boxeador, *fibrado* y con cada músculo impreso bajo la piel.

—Será mejor que no te acerques a él —le recomiendo—. Es peligroso.

—Eso es lo que me gusta de un hombre —me guiña un ojo y me deja a bordo del catamarán, terminando de atar los cabos antes de tirarnos al mar.

Aparto la vista de Tom, aunque juraría que viene en esta dirección. Si la amiga de mi exnovia ha dicho que está para comérselo ella no dudaría en decirme lo guapo que es, y es cierto, no me avergüenza reconocerlo. En la universidad había muchas chicas detrás de él, aunque Tom

las ignoraba y solo vivía para trabajar y estudiar.

Al menos, su paso por Standford le ha servido de algo, porque trabaja en una de las mejores empresas financieras del mundo donde hasta yo he tenido que rogar para que me hagan un hueco.

—¿Sabes que te ha tocado con ese? —me dice Clifford, apareciendo a mi lado.

Cliff y yo somos colegas desde la universidad y sí, conoce a Perkins. Él también se llevó un buen puñetazo cuando le dio por atacarnos aquella noche en el bar.

Me quedo mirándolo. Ni se me ha ocurrido preguntar por quiénes vamos a competir en cada catamarán. Me paso la mano por el cabello y reconozco que me sonrojo.

—¿Hay posibilidad de cambiar eso?

Clifford niega con la cabeza.

—He hablado con el jefe y dice que está todo muy medido. No sé a qué medición de mierda se refiere.

—¡Joder! —exclamo—. Qué mala suerte.

Miro de nuevo hacia Tom Perkins. Está charlando con otro tipo, con cierta camaradería. Sonríe y un estremecimiento me recorre la espalda. ¿Miedo? Lo dudo. Ya no soy el chico rubio y blandengue al que le dio una buena tunda. Los años no han pasado en balde. El entrenamiento tampoco.

Me llama la atención que ambos tengamos barba, la mía tostada y la de él tan oscura como la noche. Donde sus ojos son como carbones apagados los míos son de un verde intenso. Y donde su cabello se desordena el mío se ondula en este rubio oscuro y un tanto quemado por el sol.

Vuelvo a los preparativos, y consigo agarrar mi gorra antes de que una repentina bocanada de viento la haga rodar por el pantalán. ¿No decían que hoy tendríamos un día tranquilo? Porque el cielo empieza a ponerse gris y en esta zona del Caribe una ráfaga de viento se convierte en tempestad en unos minutos.

Miro otra vez a Tom. Sin duda se está acercando. Trago saliva y me encasqueto la gorra hasta que mis ojos quedan casi ocultos por la visera. Estaremos los dos solos en medio del mar al menos un par de horas, el tiempo de conducir la embarcación hasta la boya de señalización y regresar a puerto a contrarreloj.

El viento vuelve a soplar y en cierto modo me alegra. Eso nos obligará a estar trajinando con las velas y el timón durante todo el trayecto y no dará tiempo a que haya malentendidos entre nosotros.

Escucho un peso caer sobre la cubierta, la embarcación se cimbrea, y cuando miro hacia atrás veo a Tom muy cerca de mí, tanto que me llega su olor a sal y a tierra, y otro maldito escalofrío me recorre la espalda.

Ha saltado desde el pantalán y ha caído a mi lado. Se queda allí, sin moverse, con la mirada torva clavada en mis ojos. No puedo permitirme flaquear. Espero que recuerde que aquella vez no salió ileso. Que si me atacan me defiende.

Lo miro a los ojos. Me saca media cabeza y es más corpulento que yo. Mi camiseta marinera parece demasiado arreglada en comparación con la suya sin mangas, y mi bañador de flores una cursilada si lo enfrento a sus Speedo negros y ajustados, tanto que marca la forma de su sexo prominentemente ladeada a la izquierda.

—¿Esto ha sido idea tuya? —me señala con su largo y grueso dedo.

Yo consigo no flaquear. Incluso me yergo más.

—¿Competir junto a ti? —intento que mi voz suene cínica, pero no es así—. Antes me

hubiera tirado a un mar lleno de tiburones.

Se humedece los labios y se pasa el envés de la mano para secarse.

—¿Es cierto que te vas a quedar en la empresa?

Desde tierra suena el primer silbato, que indica que tenemos que echarnos a la mar.

—Sí, lo es.

—¿Acaso no tienes tus jodidas fábricas y tus sociedades financieras? ¿Para qué quieres trabajar aquí?

Se me escapa un ligero suspiro que a él no le pasa desapercibido. Noto cómo me mira los labios, un instante, para regresar de nuevo a mis ojos.

—Eso no es asunto tuyo.

Nos medimos palmo a palmo, como si buscáramos la debilidad en el otro que dará con todo al traste.

El segundo silbato nos dice que debemos prepararnos.

—Hoy accedo a soportarte —la voz de Tom suena llena de arrogancia—, pero no pienso volver a hablarte, aunque nos toque trabajar en la misma sede, ¿entendido?

No le contesto. Me doy la vuelta y empiezo a elevar la pequeña ancla de la embarcación.

Él al fin abandona su actitud chulesca y se dirige al timón, al otro lado de la cubierta.

Menos mal que solo serán un par de horas. Me moriría si tuviera que estar un segundo más al lado de Tom Perkins.

CAPÍTULO 3

Tom

Los labios carnosos se pegan otra vez a los míos. Se me escapa un gemido y noto cómo se me pone dura la polla. Intento alargar el cuello, recoger otro beso cuando se apartan. Pero vuelven enseguida e impactan de nuevo contra la delicada y ansiosa piel de los míos.

Me gustan los besos así, excitantes, furtivos, que se hagan rogar. Voy a meter lengua cuando una bocanada me sube por la garganta, desde el estómago, y termino de lado vomitando sobre la arena... ¿la arena?

Es entonces cuando abro los ojos, cuando me doy cuenta de que quien está inclinado a mi lado, quien me ha besado, ha sido Adam McLaren y, como un fogonazo, recuerdo de golpe lo que ha pasado y no ha sido para nada un beso sino la maniobra Heimlich para los ahogados.

Consigo ponerme de rodillas y vomito otra buena cantidad de agua salada.

—Échala toda —me dice, y pone la cálida palma de su mano sobre mi espalda—. Creí que te perdía.

—¿Qué mierda...? —pero no puedo terminar la frase porque una tercera arcada puede conmigo.

Fue cuando llevábamos cerca de una hora navegando cuando se desató la tormenta. Yo apenas me había dado cuenta de cómo se encapotaba el cielo, cómo soplaba el viento y cómo las olas habían empezado a crecer, a volverse más violentas y repetitivas. Estaba demasiado pendiente de Adam como para hacerlo.

Él trajinaba al otro lado de la embarcación, tan ajeno a mí como si no existiese. Y eso lograba enervarme, no sé por qué.

Con el paso de los años había cambiado bastante. Seguía siendo un tipo guapo, con el rizado y crecido rubio cabello cayéndole por el rostro y que solo la gorra lograba mantener en su sitio. Sus ojos verdes tenían la misma luminosidad de entonces. Recuerdo que de niño podía pasarme minutos mirándolo, como si se tratase de un ángel caído del cielo, porque tenía una belleza impactante, casi femenina, tremendamente atrayente.

Ahora está más curtido. La barba rubia le sienta bien porque lo hace más hombre, y parece que le da fuerte al gimnasio. Aun así, lo odio de la misma manera. ¿Ves como sé diferenciar entre los valores de alguien y cómo me cae de mal?

Como decía, cuando reparé en el mal tiempo era tarde y nuestra embarcación subía desde la base de una ola hasta su cresta como si fuera un cascarón de nuez. Nuestra débil embarcación resistió poco y estaba en el agua antes de que pudiéramos defendernos de la sexta ola.

Fue entonces cuando busqué a Adam, cuando miré alrededor, a través de la lluvia y la espuma y me di cuenta de que no estaba.

Me lancé a buscarlo con el corazón a cien. Buceé para salir de nuevo a la superficie e intentar otear alrededor. No estaba, no estaba. Otra vez bajo las olas. Y otra más. Y así se volvió todo oscuro.

—Será mejor que descanses —oigo su voz muy cerca, tanto que solo debo girar la cabeza para encontrarme con sus labios.

—Y una mierda —le digo, poniéndome de pie, tambaleante, hasta lograr a verticalidad—. ¿Dónde estamos?

Él parece muy tranquilo, aunque está tan empapado como yo, lo que hace que esa camiseta pija se le marque a los músculos y me deje ver que está incluso en mejor forma de lo que había pensado.

—En una de las cerca de mil islas diseminadas por el mar Caribe.

Lo miro con las cejas fruncidas.

—¿En serio?

Él se encoge de hombros.

—Perdimos la dirección cuando se rompió el timón, así que podemos estar en cualquier sitio.

Miro alrededor: arena y palmeras. No hay nada que indique dónde estamos. Quizá haya un resort de lujo al otro lado de aquella duna o quizá esta sea una de los cientos de islas desiertas diseminadas por estas aguas traicioneras.

Me paso la mano por el pelo empapado y miro al cielo. Está atardeciendo y no hay una sola nube. ¿Cómo es posible que hace unos minutos se fueran a abrir los cielos?

—Nos estarán buscando —lo oigo de nuevo—. Seguro que nos encuentran antes de que se haga de noche.

Lo miro a los ojos. Tiene algo que me fascina de la misma manera que me enerva.

—Todo esto ha sido culpa tuya.

Él alza una ceja en un gesto de superioridad que le he visto otras veces.

—¿Yo he desatado la tormenta?

Voy hacia él. Quiero darle un puñetazo, una patada, comérmelo. Me detengo muy cerca, tanto que mi rostro enfurecido está a escasos centímetros del suyo.

—Siempre que apareces en mi vida hay una desgracia.

Él no se achanta y avanza un paso quedándose tan cerca de mí, desafiante, que casi nos rozamos.

—Eres tú el que jode la mía cada vez que oigo tu nombre.

—¿Qué he hecho? —golpeo mi hombro contra el suyo—. ¿Por qué este castigo? Perdido en una isla desierta al lado de Adam McLaren. —Mis manos se van al cielo solas—. Es mi peor pesadilla.

Me aparto porque tenerlo tan cerca va a lograr que haga algo de lo que después me arrepienta. Paseo arriba y abajo mientras mi cabeza busca la manera de apartarme de él, aunque sea saltando de nuevo al agua.

—¿Crees que a mí me gusta estar aquí contigo? —le escucho decir—. Tengo una vida ahí fuera donde tú eres mi última preocupación.

Lo miro de nuevo. El pantalón también lo lleva empapado y le marca la forma de su sexo. Aparto los ojos de inmediato y me sumerjo en los suyos. Cómo lo odio. Cómo lo detesto.

—¿Por eso has buscado trabajo en mi empresa? —lo acuso.

Él pone ambas manos en jarra.

—¿Qué insinúas?

Voy hacia él otra vez y le golpeo el duro y ejercitado pecho con mi índice, acusador.

—Que te va la marcha —insisto—. Que quieres que te parta de nuevo la cara.

Él me mantiene la mirada. Es cierto que el paso del tiempo le ha dado más huevos. En la universidad se asustaba con facilidad ante mis palabras. Al final sonrío de medio lado, lo que le da a su rostro un aire aún más atractivo.

—Tanto tiempo y sigues siendo un hijo de puta arrogante —responde.

Ahora soy yo el que me callo y lo analizo. No necesitaría mucho para noquearlo. Soy rápido y más fuerte que él. ¿Quiero hacerlo? Quizá solo necesite humillarlo, como hacía él conmigo.

—Pues este hijo de puta puede hacerte mucho daño —termino diciéndole.

Él lanza un resoplido y mira alrededor.

—¿Vamos a pelearnos o a buscar una solución?

Yo hago lo mismo.

—¿No dices que vendrán a por nosotros?

—Refrescará y tú vas... —me señala con el dedo—, desnudo.

Me miro. Llevo lo Speedo y se me ha roto la camiseta. Quizá el agua esté provocando que todo sea más visible. Incluso se aprecia con nitidez el borde prominente de mi glande. Casi me entran ganas de reír. Lo miro a él. Veo la forma de su polla perfectamente estampada bajo el pantalón.

—Igual que tú —ataco.

Él pasa de mí. Tiene la cabeza en otras cosas. Yo he dejado de resultarle interesante. Aquello me trae bastantes recuerdos que me agrian aún más el carácter.

—Y necesitamos agua potable —continúa Adam—. Y algo de comida.

—Y saber si hay algo al otro lado de esta isla —añado.

Su cabeza parece que no deja de pensar. Empiezo a comprender que estamos en una situación delicada, y que no hay rastro de los despojos que hayan podido quedar de nuestra embarcación.

—¿Lo hacemos juntos o por separado? —me pregunta.

Yo lo miro de arriba abajo con las cejas fruncidas. Escupo a la arena.

—Quédate aquí por si vienen. Yo inspeccionaré los alrededores.

Comienzo a caminar hacia el sur. Sé leer el movimiento del sol. Cuando llevo una docena de pasos vuelvo a escuchar su voz.

—¿No temes que te deje tirado y les diga a nuestros salvadores que te han comido los tiburones?

Sonrío, pero dándole la espalda. No quiero que piense que entre nosotros pueda haber algo que no sea enfrentamiento.

—No —respondo sin mirarlo—, porque si estás aquí hoy es porque me has estado buscando.

—Tu vanidad no te cabe en el cuerpo, maldito Tom Perkins.

Me encojo de hombros y sigo caminando.

—¿Qué otra explicación hay?

Se hace el silencio. Me extraña que no arremeta contra mí, así que me detengo y me giro hacia él. La luz dorada del sol lo envuelve. Parece una divinidad bajada de los cielos. Me estremezco y tengo que tragar saliva.

—Que lo hemos perdido todo mi familia y yo —dice con voz firme— y tengo que trabajar para ganarme la vida. ¿Te sirve esa?

Mi frente se arruga y mi boca se abre sola.

—¿Es cierto?

Él me mantiene la mirada. Te odio, Adam McLaren. Cómo te odio.

—¿Te importa? —me pregunta, sin dejar de indagar en mis ojos.

Nos retamos durante unos segundos. Al final yo vuelvo a escupir y le doy la espalda,

continuando mi camino.

—Me importa un bledo —respondo—. Volveré en un par de horas. Pesca algo para cenar. Espero que un inútil como tú al menos sepa hacerlo.

CAPÍTULO 4

Adam

Lo veo alejarse. Su ancha espalda apenas contenida por la camiseta rota y sin mangas. Sus piernas fuertes, acostumbradas a ejercitarse.

Me humedezco los labios mientras él se pierde tras un grupo de palmeras y desaparece de mi vista. Suspiro. Quizá tenga razón. Quizá no debía de haber venido a buscarlo. Me lo dejó claro hace unos años: *tú y yo solo somos dos errores que no deben repetirse*. Esas fueron sus palabras. Las tengo grabadas a fuego.

Todo empezó en Stanford. Leí su nombre en el tablón de anuncios y supe que debía ser él, el Tom Perkins que compartió pupitre conmigo cuando éramos niños y de quien sospecho que estuve enamorado. ¡Cosas de críos!

Me alegró saber que nos rencontraríamos. Ignoraba por qué él y su familia se habían marchado. Por aquel entonces ni recordaba lo de nuestra pelea, el mismo Tom se encargaría de decírmelo unos meses más tarde. No me dijo qué la motivó ni yo le di importancia. ¡Teníamos diez años, joder! Cualquier cosa podía ser importante o insignificante para críos de esa edad.

La primera vez que lo vi en la universidad, yo estaba con mi novia de entonces, Daisy, tonteando en uno de los bancos del parque. Era una chica preciosa, de bonitos ojos negros y tetas que apenas podían contener su sujetador; siempre me han gustado grandes.

Tom salió de una de las aulas de Estadística y avanzó decidido por el camino de tierra hasta la verja exterior.

Se me cortó el aliento al verlo. Nunca había visto a un tipo que desprendiera una masculinidad como la que emanaba de él. El cabello crecido y oscuro, la barba densa que por aquel entonces no estaba de moda, los hombros anchos y bien formados, el pecho amplio que tomaba forma debajo de la camiseta, los vaqueros ajustados en tono a unas piernas bien tornadas, el paquete que no era capaz de disimular.

Sí, se me secó la boca y, aunque Daisy me estaba besando el cuello en ese preciso momento, yo tenía los ojos clavados en él y lo deseaba. ¡Joder, cómo lo deseaba!

No lo reconocí aquella vez y tuve que esperar a la clase de Macroeconomía para verlo aparecer de nuevo, esta vez en mangas de camisa, y que el profesor, al pasar lista se refiriera a él como Tom Perkins.

Me quedé impactado. Así que aquel era el chico por el que yo había bebido los vientos cuando era apenas un crío. Recuerdo que Cliff me preguntó que si me sucedía algo, y yo tuve que apartar los ojos arrobados de la espalda de Tom para decirle que estaba pensado en Daisy y que no sabía si aguantaría toda la mañana sin verla.

Nuestro primer encuentro fue aquella misma noche.

No fue casual, si es lo que estás pensando. Hubiera sido esperar demasiado del destino. Lo seguí al salir de clase. Me enteré de que vivía en uno de esos apartamentos minúsculos en uno de los suburbios de la ciudad, de que lo compartía con otros dos tipos, o al menos eso decía su buzón de correos, y por la ropa de deporte que colgaba tendida de uno de esos alambres que se colocan en las ventanas, que o él o alguno de sus compañeros era muy aficionado al boxeo.

Supuse que era él porque su cuerpo, la perfecta forma de su cuerpo, así lo gritaba.

Estuve tentado de dar un salto y coger una de esas mallas ajustadas y cortas que le pertenecían. Podían serme útiles si alguna noche de insomnio decidía conciliar el sueño pensando (ya me entiendes) en él.

Tuve la suerte de que volvió a salir de casa y de nuevo lo seguí. Entró primero en un bar donde estuvo bebiendo con un par de amigos. Yo me parapeté un par de mesas más allá, lejos de su mirada, pero atento a cualquier cosa que hacía. Escuché su voz y me erizó el vello de la nuca. Era potente y profunda, con matices de madera, de clavo y de sudor. Una de esas voces que te provocarían el orgasmo si te susurraran cualquier cosa mientras te follaban.

Después fueron a otro bar, y a un tercero. A esas alturas llevaba unas cervezas de más y su lengua arrastraba las eses al hablar.

Fue allí donde lo seguí al servicio y me coloqué en el urinario de al lado cuando se puso a mear.

El corazón me latía a mil por hora, tenía las palmas de las manos sudorosas y una vena parecía palpitarme en la sien. Nunca había hecho algo así. Jamás pensé que pudiera hacerlo, pero allí estaba, en el sucio aseo de un bar bajándome la cremallera para ver al tío que me gustaba.

Tom ni me prestó atención. Meaba separado del urinario un par de palmos y se apoyaba en la pared con una mano extendida.

Me daba vergüenza mirar, pero cuando lo hice... ¡Joder!

La polla de Tom se parecía a las que había visto en las revistas porno que compraba a hurtadillas por correo postal. Grande y gorda, sin circuncidar, estaba surcada por una vena gruesa que la recorría y echaba un potente caño de meado en la pileta de cerámica blanca. El sonido era casi tan excitante como la visión. La mano libre la estaba usando para echarse hacia detrás la piel que debía cubrirle el glande y lo dejaba a la vista, potente, generoso, con una boca bien abierta.

Se me cortó el aliento y el deseo me atravesó como una daga.

Alcé los ojos y lo miré a la cara. Él debió percibir mi movimiento porque se giró y me clavó lo suyos. Tragué saliva. Era un tipo fuerte, mucho más que yo, y podía hacerme papilla si...

Alargué la mano y le cogí la polla. El meado caliente me manchó la punta de los dedos lo que provocó que me mordiera el labio inferior involuntariamente.

Aguardé con su gran nabo en mi mano, usando la yema del dedo pulgar para acariciarlo muy lentamente. El meado me salpicaba, me empapaba, pero me resultaba tan excitante como todo lo demás.

Los segundos pasaron y él ni apartó la mirada ni se escandalizó.

Cualquiera podría entrar en ese momento, pero ambos seguimos allí, inmóviles, mientras no solo mi excitación crecía, sino que lo que tenía entre mis dedos empezaba a tomar consistencia, a ponerse dura, hasta que me di cuenta de que necesitaría las dos para albergarla.

Tom había terminado de mear. Aquello empezaba a no tener sentido. O actuaba o me largaba. ¿Se la sacudía? ¿Se la guardaba de nuevo en los pantalones y le daba mi número de teléfono?

No hice eso, en cambio aparté mi mano, me separé del urinario y me introduje en uno de los aseos, donde estaban los inodoros, cada uno en un cubículo diferente y con puerta.

Mi corazón podría colapsar en cualquier momento. Lo deseaba tanto que casi me dolía. Por un instante pensé que él se subiría el pantalón y simplemente se marcharía. También que me daría una buena paliza por haberle manoseado la polla.

Se giró y me miró. Volvió la vista a la puerta y después otra vez a mí.

Si en ese momento hubiera entrado alguien todo se habría acabado, pero estábamos solos y mi deseo de pantalones bajados hasta las rodillas era tan evidente como veía que era el suyo, con la polla gruesa y perpendicular al suelo.

Cuando vino hacia mí y cerró la puerta a sus espaldas, creo que me flaquearon las piernas. Fui a besarlo, pero no me dejó. Nunca antes había besado a un tío, aunque sí a decenas de chicas. En cambio, me puso su enorme mano en el hombro y apretó hacia abajo hasta que caí de rodillas.

No tuvo que decirme qué quería. Lo supe al instante.

Miré su polla, justo delante de mis ojos. Me llegó su olor, el mismo que esperaba, una mezcla de detergente de la ropa, sudor de hombre y ganas sexo trasnochado. Podría dar náuseas, pero a mí solo me provocaba hambre.

Se me escapó un gemido. Era la primera vez que iba a hacer algo así, pero pocas veces antes había deseado algo con tanta intensidad.

Lo miré a la cara, él tenía la cabeza apoyada en los sucios azulejos de la pared, la barbilla alzada y los ojos cerrados, pero esa mano fuerte que parecía controlarlo todo, me tomó por el pelo con cierta delicadeza y me hundió la cara contra su sexo.

El contacto fue delicioso. La ligera humedad que aún empapaba su glándula me recorrió la mejilla y, cuando al fin mis labios fueron capaces de abarcarla, de paladearla, el sabor me resultó tan excitante que empecé a masturbarme mientras se la mamaba, de manera eficiente, metiéndomela tan a dentro como me era posible pues el tamaño impedía que me la tragara al completo.

Perdí la noción del tiempo. Me sentía como un hambriento que se encuentra de repente ante un festín. Tenía que apartar la mano de mi nabo para no correrme porque el sabor y la textura de la polla de Tom entre mis labios era tan maravilloso que todo me llevaba al orgasmo.

Él me había asido la cabeza con sus manazas y me la movía según le parecía o lo necesitaba. Sus labios no dejaban de lanzar gemidos quedos y llegué a pensar que, si alguien en traba en el aseo, nos escucharía, y solo tendría que mirar por debajo de la puerta para ver cómo le estaba comiendo la polla a uno de los clientes del bar.

Se corrió sin yo esperarlo. En uno de sus acelerados movimientos de cadera se quedó quieto. También callado, y noté un denso chorro de leche caliente inundando mis mejillas, accediendo a mi garganta hasta llenarlo todo.

Por un instante sentí náuseas, pero mis papilas empezaron a degustarlo, a sentir el sabor agrio y ligeramente ácido y a tragar todo lo que me estaba dando. El denso yogur bajó por mi garganta a la vez que yo me corría entre los dedos, un par de chorreones que impactaron contra el inodoro y descendieron despacio, lechosos, hasta formar una mancha blancuzca de lefa en el suelo.

Tom jadeó cuando hubo terminado. Yo, con los últimos estertores del orgasmo aproveché para comerme los restos de lefa que aún salían de su polla, gotas blancas que aparecían por la ancha boca y que yo recogía de inmediato con la lengua.

Su nabo empezó a perder dureza, y me lo pasé por el rostro, por el cuello, por las cuencas de los ojos para empaparme de aquel olor salitre que había descubierto que me gustaba.

Él tragó saliva y me apartó con cuidado. No fue algo brusco, pero no admitía discusión.

Me senté en el suelo mientras veía cómo él se metía todo aquel aparato en los *slips* y después lo recolocaba con cuidado y sin mirarme.

Se subió los pantalones y se abrochó el cinturón. Cuando estuvo listo simplemente salió sin volverse, se lavó las manos en el lavabo y abandonó el aseo.

Me quedé allí, sentado en el suelo, sin saber muy bien qué era todo lo que había sucedido en las últimas horas. ¿Me había convertido en un acosador? ¿Era gay? ¿Me había enamorado de alguien de quien creí haberlo estado una vez?

Cuando salí del aseo, recompuesto y con el rostro bien enjabonado para disipar el olor del sexo, ya no estaba, y la próxima vez que nos vimos...

Miro alrededor.

¡Y ahora estamos en una jodida isla desierta!

No quiero que piense que soy un inútil si cuando regrese no he hecho lo que me corresponde. Lo primero, marcar nuestra posición para que nuestros rescatadores sepan dónde estamos. Lo segundo, hacer un refugio para pasar la noche. Lo tercero, buscar comida.

Por último, descubrir si Tom me sigue gustando y lo más importante, si él recuerda algo de lo que pasó entre nosotros.

CAPÍTULO 5

Tom

Esta jodida isla es solo un terruño con palmeras en medio de la nada que se recorre en un par de horas. Por suerte he encontrado una fuente de agua dulce. Es apenas una piedra de la que gotean las aguas que se filtran de la lluvia, pero bastará para aliviar la sed mientras esperamos a que nos rescaten.

Adam McLaren. Cómo lo detesto. Y sigue tan jodidamente guapo como la primera vez que lo vi.

Sí, reconozco que entonces éramos dos niños, pero recuerdo nítidamente aquella mañana en que entró en la clase por primera vez, con el rubio cabello ensortijado y la mirada verdosa y asustada recorriendo la clase en busca de un punto de apoyo que le aliviara la angustia de su primer día de clase.

Apenas teníamos diez años cuando aquel recorrido de sus ojos se detuvo en mí, me sonrió de manera muy leve, y se sentó a mi lado en el pupitre.

Sí, creo que me enamoré de él en ese preciso momento y durante todo el año escolar estuve intentando sorprenderlo, buscando la manera de que yo viera en sus ojos lo mismo que él debía de estar viendo en los míos.

Fue entonces cuando lo besé. Aquel día estaba más guapo que otras veces, con las mejillas sonrojadas y los labios tan rojos que me era imposible dejar de mirárselos. A la hora del recreo me las avié para que nos quedáramos solos, lo atraje hacia mí, tragué saliva y lo besé en los labios.

Esperaba que él estuviera sintiendo lo mismo que yo. Que las piernas le estuvieran flaqueando de la misma manera que me desestabilizaban a mí o que el corazón se le fuera a salir del pecho como estaba sucediendo con el mío, pero no fue así. Él simplemente me apartó. Buscó con la vista la pelota con la que estábamos jugando, y me apartó como si nada.

Ese fue el día en que empecé a odiarlo. Sobre todo, cuando hizo como si entre nosotros nunca hubiera existido nada, por lo que acabamos peleándonos y yo le día la famosa mascada que hizo que me echaran del colegio.

Años más tarde me lo encontré en la universidad.

Él estaba besuqueando a una de sus novias y lo vi desde lejos cuando salía de clase de estadística. Mi puto corazón volvió a traicionarme, latiendo a tal velocidad que temí que se detuviese, pero logré pasar de largo, hacer como que no lo había visto e intentar de nuevo olvidarlo, aunque sabía que me iba a ser muy difícil.

Adam entonces estaba aún más guapo. Los ojos que me embaucaron de niño podrían hacerme comer una barbaridad en aquella época. Eran más grandes, más intensos, más seductores.

Intenté olvidarlo, juro que lo intenté, hasta que la suerte quiso que compartiéramos el mismo servicio de un bar barato de estudiantes donde jamás pensé que él iría, y terminamos liados en le cubículo del baño, con los pantalones bajados y mi polla entre sus labios.

En aquel momento fui capaz de vengarme del antiguo agravio. Lo dejé que me la

mamara, permití que degustara cada centímetro de mi nabo mientras yo intentaba aparentar que la borrachera me estaba haciendo perder la cabeza. Me corrí entre sus labios, en su garganta, sobre sus mejillas. Y aunque solo quería abrazarlo, besarlo, apretarlo contra mi cuerpo para aspirar cada mota de su delicioso olor, lo desprecié. Lo dejé allí sentado, con los pantalones a la altura de los tobillos, preguntándose qué había pasado.

No fue una victoria dulce porque el primer agraviado había sido yo.

En aquella época tampoco estaba muy seguro de qué había pasado con Adam. ¿Le iban los tíos? ¿Era uno de esos *bix*? ¿El alcohol le llevaba a follar a lo primero que tuviera a mano?

Decidí comprobarlo y, una semana después, cuando lo vi en la biblioteca, logré evitar el nudo que su mera presencia formaba en mi estómago y me acerqué hasta él.

—¿Podemos hablar?

Él se volvió para encontrarse con mi rostro pétreo, de cejas fruncidas y mandíbula apretada. Reconozco que bastante intimidante, y recuerdo que se echó un poco hacia atrás.

A su alrededor estaban sus amigos, su novia, la chica bonita a la que había visto besar, y todos me miraban con tanta curiosidad como reparo, de la misma manera que si un vagabundo estuviera allí pidiéndoles unas monedas para comprar una botella de alcohol.

Adam dejó escapar el aliento y tuve que controlarme para no mirarle los labios.

—¿Pasa algo? —me preguntó, humedeciéndoselos.

Yo logré controlar las ganas de besarlo y acentué mi aspecto amenazante.

—Me gustaría que aclaráramos un par de cosas.

—Será mejor que te vayas —dijo uno de los suyos, que sabía que se llamaba Clifford.

Adam alzó una mano en dirección a su amigo y se puso de pie.

—No pasa nada —me miró y después a ellos—. Nos conocemos desde hace años. Vengo ahora, ¿vale?

No los convenció, pero ninguno hizo por detenerlo.

Le di la espalda con el corazón bombeándome a cien en el pecho y atravesé la biblioteca en busca de la escalera de incendios, la puerta que se ocultaba al fondo de las últimas estanterías y que se usaba en contadas ocasiones.

Cuando llegué la abrí y pasé al otro lado. Por un instante pensé que se habría arrepentido, que se había dado la vuelta para volver con sus amigos, pero apareció al cabo de unos segundos, inquieto, sin saber si volvería a golpearlo como cuando niño o le reprendería por lo que pasó en el bar.

No lo dejé reaccionar. Lo tomé por el cuello de aquella camisa azul de niño bien y lo estampé contra la pared, con la decisión suficiente como para que supiera que mandaba yo, pero no tan fuerte como para causarle el menor daño.

Él alzó las palmas de ambas manos, e iba a explicarse cuando le corté las palabras con un beso.

Mi boca lo deseaba tanto que empapó la suya mientras mi lengua buscaba el contacto porque necesitaba paladearlo tanto como mi piel ansiaba pegarse a la suya.

El gemido que brotó de su boca me dijo que aquello le sorprendió gratamente, y cuando sus manos me apretaron la espalda, ansiosas por abarcarlo todo, cuando su pelvis se pegó a la mía para que nuestros sexos se frotaran y su duro pecho demandó la fricción de mis pectorales contra los suyos, supe que no me iba a rechazar y que lo que sucedió en el bar no fue una puta casualidad.

Fue entonces cuando, con dedos torpes, le desabroché el cinturón e indagué contra los botones de la bragueta. Por aquel entonces Adam tenía las mejillas encendidas, buscaba mis

labios con verdadera ansiedad y de su boca escapaban gemidos consecutivos de deseo que me encendían más que cualquier otra cosa.

Cuando logré bajarle los pantalones y tirar de su bóxer de marca, le agarré ambos glúteos con las manos y lo apreté contra mí.

Él gimió y me clavó las uñas a la espalda. Era tan delicioso, el placer era tan delicioso que podría haberme corrido allí mismo, pero ese no era mi plan.

Le di la vuelta y lo aprisioné contra la pared. Le tomé las manos con las mías y se las subí bien alto mientras mis pies separaban sus piernas dejándolo como una equis tan deseable que mi polla ya estaba empapada de *precum* dentro de los pantalones.

—No te muevas —le ordené al oído mientras me deshacía del puto cinturón y me dejaba los *slips* a la altura de las rodillas—. Quédate como estás.

Él asintió y tragó saliva. Yo tenía la polla dura como una maroma y cuando la tomé entre los dedos y le abrí con una mano los poderosos glúteos para que me la arroparan, él gimió tan fuerte que temí que nos hubieran oído desde dentro de la biblioteca universitaria.

En cualquier momento podría salir alguien por aquella puerta. En cualquier momento podrían pillarnos, pero eso acrecentaba más nuestro deseo, y lo notaba por las miradas ansiosas que lanzaba Adam en aquella dirección.

No le di mucho en qué pensar. Separé mi cadera y bajé la cabeza para escupirme un gran salivazo sobre la polla. Esta lo acogió empapándose, y cuando mis dedos repartieron el ungüento por todo lo largo Adam miró hacia atrás, con una mezcla de miedo y de deseo.

—Nunca antes... —intentó decir.

—Shhhh —le mordí el lóbulo de la oreja para después metérmela entera en la boca—. Solo tienes que relajarte.

Asintió, intentó comerme los labios desde aquella posición, pero yo me aparté, me cogí el nabo y lo coloqué en la entrada de su esfínter, bien encajado, hurgando con el dedo la boca precisa que daba acceso a su interior.

Él cerró los ojos y yo apreté. Al principio costó. Adam lanzó un par de jadeos que evidenciaban dolor, pero yo lo besé, le acaricié su firme abdomen y le mordí el cuello, hasta que un gemido de placer me dijo que tenía permiso para entrar hasta el fondo.

Así lo hice, y apretando con las caderas me introduje en su interior, hasta lo más profundo, hasta que mis huevos rozaron los suyos y mis muslos estaban apretados contra la parte baja de sus nalgas.

Encontrarme allí dentro era la cosa más deliciosa que me había sucedido, y cuando empecé a follármelo despacio, saliendo casi por completo para entrar de nuevo con todo el fuste, los gemidos que Adam emitía eran tan deliciosos que en más de una ocasión temí irme antes de que él quedara satisfecho.

Aquella vez duramos poco. Ambos nos deseábamos con tanta intensidad, o al menos eso me parecía a mí, que él se corrió sin tocarlo y yo lo inundé por dentro. Mi lefa se desperdigó entre sus muslos, densa y lechosa, como un yogurt, y el olor a sexo lo inundó todo.

Cuando terminamos permanecí dentro de él, aprisionándolo con todo mi cuerpo contra la pared.

—¿Volverás a ser el mismo gilipollas de antes? —le pregunté.

Creo que no sabía de qué estaba hablando.

—Seré la jodida cosa que tú quieras —me dijo, intentando otra vez besarme.

—¿Tienes habitación propia? —quise saber.

Él asintió.

—Quiero hacerlo en tu cama.

—Vente esta noche —gimió, mientras mi semen le resbalaba por los muslos.

Al fin salí de su interior y él pareció desinflarse, porque de inmediato se volvió hacia mí.

—Esta noche no puedo —le dije—. He quedado con mi chica.

Él parpadeó varias veces, incrédulo.

—Pensé que...

—Tú también tienes novia, ¿no?

Asintió.

—¿Cuándo entonces? —me preguntó, ansioso.

—Yo te llamaré —me subí los pantalones y empecé a atarme el cinturón—. Cuando pueda te llamaré.

Y me marché, dejándolo allí con la mirada encendida sin saber muy bien qué había pasado entre nosotros.

CAPÍTULO 6

Adam

Cuando Tom aparece un par de horas más tarde veo en sus ojos la sorpresa, lo que me produce una enorme satisfacción.

Sobre la playa he dibujado con ramas de palmera y arena mojada las letras SOS, lo suficientemente grandes como para ser vistas desde el aire. Ambos estamos tranquilos porque sabemos que vendrán a buscarnos antes o después. Quizá tengamos que hacer noche aquí, solo eso. Al menos eso espero.

También he creado un refugio. Quizá llamarlo así sea presuntuoso, pues es un lecho de hojas aprovechando los troncos medio tumbados de dos palmeras que nos separan de la humedad del suelo. Creo que resistirán nuestro peso y nos protegerán de la lluvia si no es demasiado intensa. Estoy seguro.

Tom lo mira y frunce las cejas. El espacio es angosto y tendremos que dormir muy juntos. En el caribe la temperatura apenas cambia así que no pasaremos frío.

En la zona más alejada de la playa hay un fuego encendido con las mismas ramas secas de palmera. Ser *boy scout* al fin me sirve de algo. Sobre dos trozos de madera de deriva están ensartados un par de peces esperando a que queden bien asados. No me ha sido difícil pescarlos. La bajada de la marea los ha dejado atrapados dentro de una piscina natural y solo he necesitado paciencia.

Me doy cuenta de que ansío su aprobación, lo que provoca que me sienta mal, y a la vez comprendo que no me la va a dar, aunque sus ojos muestren que no esperaba nada de esto y que está sorprendido.

Consigo dejar de mirarlo a pesar de que su cuerpo siempre ha resultado hipnótico para mí.

—¿Que has encontrado?

Él se quita la camiseta y la tira sobre la arena. El corazón me late más deprisa. Sus pectorales son amplios, perfectos, y cubiertos de vello oscuro. Hay algo tan masculino en él, tan excitante, que tengo que ponerme de cuclillas para que no se dé cuenta del efecto que su sola visión acusa en mí.

—Solo arena y cocoteros —dice al fin, comprobando que el refugio es sólido—. Al menos hay agua dulce. No nos moriremos de sed.

Además de todo lo que he hecho, no he dejado de otear el cielo. Me protejo los ojos con una mano y lo hago otra vez.

—No he visto pasar ni un solo avión.

—A estas alturas ya deben de estar buscándonos.

Asiento. Desde que ha pasado la tormenta y han comprobado quiénes faltan hasta ahora, quizá sea en este momento cuando estén empezando con la búsqueda.

—Aunque anochezca... —no termino la frase. Me doy cuenta de que he querido decir «no pasaremos frío», de que he querido pedirle que me abraze.

Él no me mira. Ahora está comprobando el estado del pescado, que he colocado lejos del

fuego para que se ase lentamente.

—No creo que estemos aquí más de una noche —en esa ocasión sí clava sus ojos en mí—, así que intentemos llevarnos bien.

Me estremezco, pero consigo que él no se percate.

—Dale una vuelta —señalo la comida—. Voy a intentar coger el último que ha quedado atrapado.

Me pongo de pie y camino hacia el borde del mar, hacia la única forma rocosa que encuentro en esa playa. Aún no tengo claro cómo conducirme con Tom. Las veces que nos hemos encontrado han sido... complicadas, y creo que esta palabra no termina de definirlo.

Hace unos años, en la universidad, no solo tuvimos sexo en los aseos de un bar, también en las escaleras de incendios de la biblioteca. Esto último fue algo inesperado que sucedió cuando había llegado a la determinación de que aquel tipo era un gilipollas por muy bueno que estuviera, y que no volvería a dirigirle la palabra. Simplemente apareció, me miró, y me folló, así de fácil le fue, lo que me dejó pensativo algunos días.

No supe nada de él durante dos semanas. Tampoco lo vi por clase. Ni siquiera por su casa, la que rondaba a menudo porque Tom Perkins no salía de mi cabeza.

A la tercera me llamó por teléfono y me preguntó si podía ir a mi casa.

—¿Ahora? —contesté, pues estaba tumbado en el sofá y estaba todo por medio.

—Si no te viene bien —dijo al cabo de un instante—, te llamo más adelante.

Me puse de pie de un salto.

—Vente —intenté que no sonara como un ruego—, hoy no tengo plan.

No sabía ni desde dónde me llamaba ni cuánto tardaría en llegar. Metí la ropa sucia en el biombo, apilé los platos en el fregadero, recogí cuanto pude del salón, estiré las sábanas de mi cama y estaba terminando de cepillarme los dientes cuando llamaron a la puerta y solo entonces caí en que no le había dado mi dirección.

—¿Cómo sabías dónde vivo? —le dije cuando abrí la puerta y pude contenerme, porque estaba tan guapo con aquella camisa de cuadros que el corazón se me aceleró.

—Solo he tenido que preguntar —se encogió de hombros y pasó sin esperar a que le invitara.

Yo estaba hecho un flan, y no sabía muy bien cómo comportarme. Nunca había estado con un hombre ante de Tom y tampoco me había atraído otro que no fuera Tom, así que todos mis caminos parecían confluir en él.

—¿Te apetece...?

No me dejó terminar porque, con la mirada felina y cálida clavada en mis ojos vino hacia mí muy despacio, puso ambas manos en mis caderas, me pegó a las suyas y me comió la boca lentamente.

Por aquel entonces yo hubiera hecho lo que me pidiera. En cierto modo creo que estaba enamorado de él hasta las trancas, o simplemente lo deseaba de una manera que jamás creí que se pudiera desear a nadie.

Me uní al beso colgándome de su cuello mientras él me acariciaba los costados, hurgaba bajo el cinturón y metía las manos dentro de mis pantalones hasta asirme por las nalgas.

Era tan delicioso, el calor que emanaba de su cuerpo era tan excitante que hubiera dejado que me hiciera lo que le apeteciese en ese momento. Así de peligroso era Tom en aquellos tiempos.

A manotazos nos quitamos la ropa. Hasta entonces nos habíamos vislumbrado a trozos, los pocos que pude ver en el aseo y los que me dejó palpar en las escaleras. En aquel momento lo

tuve completamente desnudo delante de mí, menos los calcetines, pues me gustaba ese rollo.

Se me cortó el aliento. El pecho velludo y fuerte. El abdomen plano donde un cordón oscuro llegaba hasta la pelambrera del pubis. La polla grande, densa, pesada. Las piernas robustas. Los glúteos perfectos.

Tom me miró de arriba abajo, tan desnudo yo como él mismo, y se le escapó un ligero gemido de urgencia. A pesar de que intentaba mostrar cierta indiferencia sospechaba que me deseaba de la misma manera que yo a él.

Lo hicimos en el sofá. Él se sentó y se palmeó los muslos para que yo lo hiciera allí. No tuvo que repetírmelo porque me encajé a horcajadas sobre sus piernas para continuar con los besos, las caricias, y aquel masaje que provocaban el roce de su piel contra la mía y que era capaz de incendiarme por dentro.

Una de las veces alargué una mano y dimensioné el peso de sus huevos. Los tenía grandes y pesados, como todo en él. La piel suave se erizó con la caricia y los sopesé para que no se me olvidaran sin dejar de besarlos.

Con la misma mano ascendí hasta su polla. Palpitaba entre mis dedos como si fuera un cachorro tembloroso, lo que me provocó un gemido de placer. Seguí con la yema de un dedo la línea firme de una vena hinchada, una vena que se retorció sobre una de las caras de su nabo y llegaba hasta el borde mismo del glande.

Allí me separé un instante para humedecerme el mismo dedo y volví al punto donde lo había dejado. Fue a él a quien se le escapó el suspiro de placer cuando lo pasé por la estirada superficie, buscando la apertura. Justo entonces brotaron de allí unas gotas de semen lubricante que recogí con ganas y me las llevé a los labios.

En ese momento ninguno de los dos podía más, y fue Tom quien se empapó la mano de saliva y la estampó entre mis glúteos.

Lubricado, ajusté las caderas y, poco a poco, me deslicé por el fuste de su polla hasta quedar clavado. Permanecí con los ojos cerrados y muy quieto cuando la inmensa totalidad de Tom estaba dentro de mí. Él gemía y me besaba. Yo intentaba controlar la respiración para soportar la mezcla de dolor y placer.

Fue considerado y al principio me follo apenas con ligeros movimientos de cadera, unas pulgadas para salir y volver a entrar con el mismo cuidado. Pero cuando vio que yo empezaba a gozar, cuando él mismo no pudo contenerse más, me folló tan duro que creí que me partiría en dos, y no pude imaginar un placer comparable...

Unos golpes en la puerta nos detuvieron en la follada más increíble de mi vida.

Tom se quedó inmóvil y me miró, interrogante.

Solo entonces caí en la cuenta de que había quedado y de que mi cita estaba al otro lado de la puerta.

—Tienes que irte —le rogué, levantándome a la vez que su polla salía de dentro de mí y le palmeaba el vientre.

—Pero... —empezó a buscar su ropa— ¿Quién diablos es?

Yo me estaba vistiendo a marcha forzada, sobre todo cuando los golpes insistieron.

Lo miré con vergüenza antes de contestar.

—Daisy, mi novia. Habíamos quedado para estudiar. Te juro que se me había olvidado por completo.

Su mirada de incredulidad me golpeó.

—¿Sigues con ella?

—¿Y tú con la tuya? —le reté.

Él ya estaba vestido y yo me acababa de poner las zapatillas.

—¿Cómo mierda salgo de aquí sin que me vea? —me preguntó, enfadado, y con la enorme polla aún dura impresa en la tela de sus pantalones.

—Por la cocina, hay una puerta de servicio —le indiqué—. Espera a que ella entre y sal entonces.

Él fue hasta allí mientras Daisy llamaba de nuevo. Fui tras él antes de abrir y lo cogí por el antebrazo.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —le pregunté, ansioso y tan empalmado como él.

Me miró y yo tragué saliva. ¿Por qué me gustaba tanto Tom Perkins?

—No lo sé —me dijo—. Creo que esto no es una buena idea.

Y hasta dos meses después no volví a saber nada más de él.

—Creo que el pescado ya está —escucho su voz, que me saca de esos pensamientos de tiempos de la universidad.

Me doy cuenta de que recordar todo aquello me ha excitado y de que no puedo ir hasta allí en este estado. ¡Joder, Joder, Tom Perkins! ¿Por qué sigues provocando esto en mí después de tantos años?

—Un baño y comemos —le grito desde donde estoy.

Me quito la poca ropa que aún me queda, la dejo a un lado, y me tiro al agua de cabeza, desnudo, intentando que el frescor logre alejar de mí estas ganas de pedirme que me folle como hacía entonces.

CAPÍTULO 7

Tom

Lo veo correr por la arena completamente desnudo hasta tirarse al agua de cabeza y el jodido estremecimiento que siempre me provocó la visión de Adam McLaren vuelve a producirse.

Está más fornido que entonces, que la época en que nos encontramos en la universidad. Parece que la ha pegado fuerte al gimnasio porque sus piernas que antes eran delgadas ahora son fuertes, y su espalda ha adquirido una buena dimensión. Por no decir de su culo, que está deliciosamente bien formado.

Me paso la mano por la boca y trago saliva. ¡Joder, cómo lo deseo! Cómo deseo al maldito Adam McLaren.

La primera vez que fui a su casa en Stanford fue un desastre. Mejor dicho, lo estábamos haciendo muy rico cuando unos golpes en la puerta nos interrumpieron. Tuve que salir por la puerta de servicio con las zapatillas en las manos y la polla tan dura que hasta me dolía.

También estaba mosqueado. Ese tipo y yo no teníamos nada que ver. Él era un pijo redomado y yo un macarra. Él rico y yo más pobre que las ratas. Él con su mundo de marcas exclusivas y yo con ropa de mercadillo. En lo único que encajábamos era en que, al parecer, el era pasivo y yo activo.

Confundido por todos estos pensamientos que no se apartaban de mi cabeza llegué a la conclusión de que no debía volver a verlo. O al menos de aquella manera en que nos habíamos encontrado las tres últimas veces.

Lo esquivé, juro que lo esquivé, y cuando me lo encontraba en la universidad me daba la vuelta y me largaba por otro lado. Si coincidíamos en la biblioteca cambiaba de facultad. Incluso dejé de ir a las clases donde lo vería y compraba los apuntes a otros compañeros sin necesidad de ello.

Con lo que no contaba era con que Adam McLaren no salió de mi cabeza. Solo tenía que cerrar los ojos para verlo en mi imaginación, guapo y seductor, y para componer mil situaciones donde él se enamoraba de mí y yo lo rechazaba. ¿No era absurdo? ¿No era jodidamente absurdo? Dos meses después, sin poder quitármelo de la cabeza fui de nuevo a su casa. Llamé a la puerta y él me abrió en pijamas.

—¿Estás solo? —fue lo único que dije, ojeroso y agotado de tanto desearlo.

Por toda respuesta él me cogió por la camiseta y tiró de mí hasta que nuestras bocas impactaron y, cuando lo besé, cuando al fin lo besé, todas mis angustias desaparecieron y tuve la certeza de que me sería imposible olvidarlo.

Aquella noche dormimos juntos, o al menos lo intentamos porque, tras amarnos, alguno de los dos retomaba las caricias, siempre faltos de ellas, y empezábamos de nuevo hasta terminar agotados, empapados en sudor y semen, destilando el deseo que había anidado en nuestros corazones durante todo ese tiempo.

Cuando Adam sale del agua todos esos pensamientos se desvanecen porque solo tengo ojos para él. Si antes lo vi de espaldas ahora lo tengo de frente. El pecho amplio y bien musculado. El vientre plano, con el musculo dorsal bien marcado. La polla preciosa, de fuegos

gordos y que cuelgan, como a mí me gustan.

El cabello empapado le cae en rizos sobre el rostro. Se quitó el exceso de humedad con las manos y, un tanto ruborizado, se coloca el bañador, la única prenda junto con esa camiseta de niño pija que le ha quedado.

Tengo que volver la vista para que no se dé cuenta de que me lo estoy comiendo con los ojos. Tomo un par de hojas de palmera y las utilizo a modo de plato, colocando un pescado asado en cada una. Se la tiendo sin mirarlo y nos sentamos en uno de los troncos caídos para empezar a comer en silencio. Se levanta una brisa fresca.

—Aunque parezca que estamos de vacaciones... —le digo, porque parece que nos estamos tomando unos días libres en vez de estar perdidos en una maldita isla caribeña.

Él sonríe.

—Vendrán a rescatarnos, no te quepan dudas.

Miro las llamas. Tengo tierno el corazón y me cuesta mirarlo sin tener sentimientos encontrados.

—¿Porque eres un niño rico? —bromeo para alejar aquellas sensaciones—. Si estuviera solo me dejarían pudrirme.

—No digas gilipolleces —me da una palmada en la rodilla y el simple contacto de su piel me eriza de deseo—. Tienes buenos amigos.

Necesito parar esto. Cada uno de nosotros dos estamos en las antípodas del otro. No podemos volver a revivir aquello, aquel desastre. Me juré a mí mismo que, por nada del mundo, volvería a cruzar una sola palabra con Adam McLaren.

Se me escapa un gemido de angustia que intento disimular con una pregunta intrascendente.

—¿Qué ha sido de ti todos estos años?

Él aparta una espina del pescado. Está rico y bien hecho lo que acrecienta la idea de que estamos en un *resort*.

—Terminé los estudios y me puse a trabajar con mi padre y, no —sonríe—, no fui yo quien lo arruiné. Decidió invertir en ciertos asuntos en contra de mis consejos.

Yo también sonrío.

—No iba a decir nada.

Por unos instantes ambos nos quedamos mirándonos. El tiempo se detiene y mi corazón empieza a latir con fuerza. Es él quien aparta la mirada.

—¿Estás casado?

Me ruborizo sin saber por qué.

—He vivido con algunas chicas, pero no terminamos bien. ¿Y tú?

Se encoge de hombros.

—Me casé y me divorcié en dos años. Creo que tenías razón, soy insoportable.

Recuerdo aquella discusión. Fue la última que tuvimos nosotros dos.

—Nunca he dicho eso —le aseguro.

Él alza las cejas y su expresión me resulta aún más encantadora.

—Dijiste literalmente que era un niño malcriado, caprichoso y egoísta. Más o menos es lo mismo.

Se me escapa una carcajada.

—Lo eras.

—Y tú un macarra.

Asiento.

—Lo que tú dijiste fue que no tenía sentimientos, que era un machirulo de mierda que me creía el rey del mundo.

Observo que me está mirando muy serio. Sus ojos van de los míos a mis labios para volver a mis ojos. Mi polla palpita dentro de este ajustado bañador. Adam se pasa la lengua por la comisura en un movimiento que sabe que es endiabladamente *sexy*.

—¿Eso dije? —su voz gutural, caliente.

—Lo repetiste un par de veces.

Él mira alrededor y se frota los brazos con las palmas de las manos.

—¿Es posible que esté refrescando?

La temperatura no ha cambiado ni cambiará, pero sí es cierto que sopla una brisa cada vez más fuerte. No estamos preparados para pasar la noche a la intemperie si se desata una tormenta. Espero que mañana nos rescaten, si no empezaremos a tener problemas. Lo señalo con la barbilla porque su piel sigue perlada de gotas de agua salada. Me imagino lo deliciosa que debe estar.

—Aún no te has secado.

Se frota más para entrar en calor.

—No ha sido una buena idea bañarme.

Se me escapa un gemido

—Ven —alzo los brazos abiertos. Mi voz ha sonado ronca y cálida—. Dicen que soy bueno dando calor.

Él se muerde el labio inferior, pero al final accede y se sienta delante de mí para que yo lo abarque por detrás. Cuando al fin lo abrazo me doy cuenta de cuánto lo necesitaba, de la manera en que Adam me reconforta. Siento cómo se pega a mí, cómo me busca, lo que provoca que mi mente se nuble de deseo.

—¿Ya has elegido en qué parte de la cama dormirás? —me dice, señalando el desastre de refugio que ha confeccionado.

—¿Hay alguna parte? —bromeo, aunque el corazón me palpita más deprisa que una locomotora—. Porque eso no tiene más de un metro de ancho.

—Pues tienes que elegir.

Ahora soy yo quien se humedece los labios. Cuando hablo mi voz suena quebrada

—Entonces elijo estar dentro de ti.

CAPÍTULO 8

Adam

«Elijo estar dentro de ti». Cuando lo escucho de sus labios, cuando resuena en mis oídos con voz ronca, voz de deseo, solo puedo alzar la cabeza y mirarlo.

Sigo entre sus brazos. Sus manos no se han movido, ni su cuerpo, solo sus palabras, que han tanteado con aquella frase que puedo dejar pasar, como si no la hubiera oído, o puedo agarrarme a ella, trepar por ella y materializar lo que deseo.

Tom Perkins siempre ha sido un problema para mí. Posiblemente porque sé que ante su presencia solo puedo hacer una cosa: entregarme. Ha sucedido cada una de las malditas veces en que nos hemos encontrado, y en cada una de ellas ha salido mal, fatal, hasta traernos aquí.

Él baja la cabeza y deglute. Tiene los labios entreabiertos y las densas pestañas oscuras proyectan una seductora sombra en sus ojos. ¿Y si aparto la mirada? ¿Y si saco otro intrascendente tema de conversación y paso de puntillas sobre lo que acaba de decir? Eso sería lo correcto, lo que evitaría problemas, lo que lograría que Tom y yo no nos separemos otra vez como dos adversarios que no se soportan.

Pero no hago eso, alargo el cuello y le beso suavemente en los labios, solo el roce de los míos contra los suyos, quizá con miedo de que pueda rechazarme, o con el deseo insano de que lo haga para no haber tenido que ser yo quien ha tomado la determinación de no seguir adelante.

Tampoco es eso lo que sucede. En cuanto nuestra piel contacta Tom cierra los ojos, sus labios emiten un gemido largo tiempo contenido, y su lengua, muy suave, entra en la mía, indaga con el mismo miedo, el mismo respeto con que yo lo he hecho.

Creo que en este instante la mente de ambos tiene impresa la misma duda: ¿Qué tipo de error estamos a punto de cometer? ¿Es que aún no hemos escarmentado?

Pero nuestras manos lo tienen claro. Yo me retuerzo para acariciarle el torso velludo y él me toma por la barbilla para comerme la boca con mayor fruición.

A partir de ahí ya no hay vuelta atrás. Me pongo de rodillas y me enfrento a él sin dejar de besarlo. Me doy cuenta de cuánto ansiaba esa boca, esa manera de mover los labios sobre los míos, con hambre, devorándome como nunca lo han hecho ni antes ni después de Tom, logrando que cada fibra de mi cuerpo resuene en una nota que tiene como nombre *deseo*.

Nos acariciamos despacio, sin prisas, transmitiendo con las yemas de nuestros dedos las ganas atrasadas, el recuerdo de noches pasadas, la absoluta conciencia de que esto será solo un presente sin posibilidad de convertirse en futuro.

Casi desnudos hay poco que destapar. Mis manos se cuelan por debajo de su camiseta sin mangas y se estremecen cuando palpan su duro vientre, hasta descender hasta el bañador. El *Speedo* no puede contener la polla de Tom, que ya asoma por la cinturilla, a la altura de la cadera. Cuando me topo con ella, con la cabeza ligeramente húmeda y endurecida, caliente y deliciosa, me estremezco. ¡Joder, cómo lo deseo! ¡Joder, cómo lo he deseado todos estos años!

El roce hace que Tom me gima contra los labios y que sus manos abarquen mis glúteos. Los palpa, los amasa, y me presiona contra su cuerpo, contra la dureza que ya tiene entre las piernas, para comprobar que yo estoy en su mismo estado, ansioso de dar un paso más y sin

querer darlo, porque quiero que esto dure tanto como sea posible.

Su camiseta vuela por los aires y yo lo agradezco.

Me froto con su pecho cerrando los ojos para que esa caricia velluda sea el único estímulo que encienda mi cuerpo. Tiene los pezones duros, como yo, y hago porque se rocen, porque impacten uno contra otro, ya que sé que es una de sus zonas más erógenas.

Aún entre sus brazos me pongo de pie y me deshago del bañador. Mi polla me golpea el abdomen y permanece firme y perpendicular al suelo, a la altura precisa de su boca.

Me quedo allí, quieto, y recuerdo que en nuestros anteriores encuentros nunca me la ha mamado. Él me mira desde abajo y yo sonrío y cruzo los brazos, dándole a entender que ese es el próximo paso.

Su mirada picara me enciende aún más, y cuando me toma la polla con una de sus grandes manos y se la mete en la boca despacio, sin dejar de mirarme, tan adentro que su rostro se sonroja y sus ojos se llenan de lágrimas, se me escapa un gemido que ha debido de escucharse al otro lado del Caribe.

Sus manos cambian de posición y me toman por las caderas mientras su boca sube y baja, y su lengua me acaricia el fuste, el glande o se enreda entre los vellos de mis huevos.

Es una mamada magnífica, soberbia, que me arranca suspiros continuos y hace que el placer me recorra la espalda como una catarata bajo la que me esté bañando.

Me aparto para que no siga. No quiero correrme todavía.

Él me mira satisfecho, encantadoramente sonrojado y apoya las manos en la arena, basculando la pelvis hacia delante lo que logra que su polla se ofrezca y parezca aún más grande.

No lo dudo, me toca a mí.

Me clavo de rodillas, adelanto mi cuerpo e impacto mi cara contra su ingle. El olor de su polla me envuelve, un olor que recuerdo, fuerte y viril, y que me vuelve loco. Le como los huevos, lamo el pliegue entre sus muslos y su intimidad, mordisqueo, amaso con las manos, y solo cuando Tom se retuerce de placer, avanzo con la boca sobre el ancho tronco de su verga y me la como, salivando tanto como puedo para que el gozo sea más intenso. Cuando al fin la tengo en mi boca, cuando mis papilas la recuerdan, suspiro quedamente y empiezo a mamársela despacio, sacándola por completo para metérmela de nuevo hasta la garganta, una y otra vez.

—¡Para, para! —gime cuando está a punto de correrse.

Yo me separo y me siento en la arena. Nos miramos como dos felinos que se retan. Ambos desnudos, empalmados y llenos de deseo.

—Quiero follarte —dice con voz ronca.

Yo sonrío y me muerdo el labio inferior. Es lo que más anhelo.

Me doy la vuelta y le ofrezco mis nalgas, alzándolas mientras apoyo mi cabeza sobre mis antebrazos cruzados.

Escucho cómo suelta un resoplido. Siento cómo avanza, y lo siguiente es su mano empapada de saliva lubricándolo todo, escupiendo de nuevo para ponerla otra vez allí y que todo se deslice como debe.

En ese momento lo deseo tanto que sé que no me va a doler, y cuando la punta de aquel nabo enorme se coloca en la abertura, soy yo quien se echa hacia atrás para que entre, para ser penetrado por él, tan a fondo que solo me paro cuando ya no hay nada más que meter.

Ensartado por completo permanecemos unos instantes muy quietos. Yo porque quiero disfrutar de esta sensación de tener a Tom dentro de mí. Él porque creo que puede correrse de un momento a otro.

Unos segundos después le dejo hacer, me relajo y le cedo mi cuerpo.

Me encanta la manera que tiene Tom de follarme. Alterna la sinuosidad de movimientos muy lentos, formando un ocho con sus caderas, con el empuje salvaje del trote más intenso. Eso provoca que mi próstata sea activada por todas partes y el placer surja de ella como una explosión, haciéndome gritar, gemir, suspirar de manera tan repetida que solo deseo que no se detenga nunca, jamás.

Nos corremos ambos a la vez. Yo, como siempre, sin siquiera tocarme. Él de la misma manera que otras veces con un caño de semen abundante, de esa leche cuajada y deliciosa que emana de su polla y de la que soy devoto. Lo hace en tres o cuatro sacudidas muy fuertes, tanto que creo que me va a partir por la mitad, pero que provocan tal placer en mí que creo imposible que se pueda sentir más.

Cuando al fin terminamos, solo sé una cosa: no puedo prescindir de esto en mi vida, no puedo permitir que este placer se acabe sin más.

CAPÍTULO 9

Tom

El sol empieza a alzarse en el cielo y yo aún sigo despierto.

No sabría contar cuántas veces hemos follado esta noche porque acabamos de corrernos cuando la mano de uno o del otro ya busca el contacto de la piel vecina o se enreda entre los vellos del pecho de su contrincante.

En este momento Adam duerme entre mis brazos, acurrucados entre las hojas de palmera. Su fuerte pecho sube y baja despacio mientras me abraza y una de sus piernas se enreda con las mías.

Lo miro: las pestañas tupidas, los labios hinchados por el ejercicio del placer, las mejillas sonrojadas por el sexo. Llevo toda mi vida amando a este hombre, toda la vida odiando a este hombre, y el jodido destino ha decidido perdernos en medio de ninguna parte para que decidamos qué carajo queremos hacer en adelante.

Nuestro rollo en la universidad fue a más. Mi rudeza se templó y lo que empezaron a ser encuentros tan esporádicos como desesperados entre dos tíos que follaban juntos pasó a ser algo asiduo, casi diario, donde los SMS iban de un teléfono móvil a otro y las caricias furtivas empezaron a proliferar por debajo de las mesas, a escondidas de los demás, o en los cubículos más apartados de los servicios de caballero.

Fue en aquella época en la que empezamos a salir juntos. Como colegas, por supuesto. ¿Colegas con derecho a roce? En aquella época no éramos tan sofisticados. Solo éramos dos tipos que se caían bien y que se follaban por la noche, a hurtadillas, cuando los demás se iban a casa.

Ni él me mezcló con sus amigos ni yo lo junté con los míos. Salíamos solos cuando podíamos, habitualmente a lugares donde no iban universitarios como nosotros, y solíamos acabar en su casa ya que en mi piso vivían dos tipos más y hubiera sido sospechoso.

Follábamos como locos y teníamos el mejor sexo posible, sin prejuicios en la cama.

No he vuelto a estar con un tío. Bueno, miento, he probado con alguno. Algún día de borrachera donde, tras la tercera cerveza, todos los gatos son pardos. ¿No dicen eso? Pero nunca ha sido igual. Solo con Adam es especial. Solo con él es el mejor sexo del mundo.

Por aquella época Adam seguía con Daisy y los fines de semana no solíamos vernos.

En un par de ocasiones me los encontré en el mismo bar o en la misma discoteca, y sus ojos se fundían con los míos mientras él bailaba agarrado con su novia y le comía la boca muy despacio, con ojos solo para mí.

Era tan sexy como doloroso. Ninguno de los que estaban allí sabían que Adam y yo éramos *amigos*. Ninguno sospechaba lo que nos traíamos entre manos. Pero la mirada clavada en mis pupilas mientras besaba a su chica era una muestra de que aquel beso podía ser mío, y la aguantaba como podía, aunque las más veces era yo quien la apartaba y me largaba del local.

Cuando se acercaba el final del curso universitario me atreví a dar un paso más. Por aquella época yo bebía los vientos por Adam, aunque mi actitud chulesca pudiera dar a entender lo contrario. Solo pensaba en él. Solo quería estar con él. Solo podía follar con él. Las chicas con

las que salía eran un entretenimiento. Tomábamos algo, cenábamos alguna vez y nos íbamos a la cama, pero cuando me corría quien estaba en mi cabeza era el puto Adam McLaren.

—¿Qué vas a hacer este verano? —le pregunté una de aquellas noches donde estuvimos juntos en su apartamento, yo desnudo en su cama y con las manos tras la cabeza mientras él se recostaba a mi lado después de haberme hecho una buena mamada.

Adam se lo tragó todo y se limpió los labios con el antebrazo.

—Iremos a Newport, como todos los años —se acurrucó a mi lado—. Mis padres tienen casa allí. ¿Y tú?

Aquella era una de las zonas más pijas del país. Ni siquiera podría pisarla sin que me echaran de patitas a la calle. Me removí incómodo.

—Supongo que cogeré la tienda de campaña y el saco y me largaré hacia el norte.

Él se recostó sobre mi pecho, apoyando su barbilla en el envés de su mano para mirarme a los ojos.

—Eso me parece encantador.

—¿Qué veranee como el pobre que soy?

Sonrió.

—Que duermas a la luz de las estrellas —pareció pensarlo unos instantes—. ¿Quieres venirte conmigo? Hay sitio se sobra.

Yo alcé las cejas, sorprendido, porque lo que iba a proponerle era justo lo contrario: que me acompañara de acampada. Los dos solos. Los dos juntos.

Podría ser una oportunidad y tendríamos tiempo para hablar de... lo nuestro. Conozco senderos donde no hay nadie y valles donde podríamos amarnos a la luz del día sin ser vistos. Lo encaré, bastante sorprendido.

—Te refieres... ¿a tu casa de Newport?

Asintió.

—Sí, sobran habitaciones. Podemos pasarlo bien.

Me incorporé sobre mis codos, lo que provocó que él se sentara de lado para mirarme de frente.

—¿Qué dirán tus padres? —lo interrogué y Adam se encogió de hombros.

—Ni se darán cuenta. Además —insistió, acariciándome el pecho—, podremos coger uno de sus coches y perdernos por los alrededores.

Recuerdo que sonreír. Hasta ese momento su mundo era *terra incognita* para mí. No me relacionaba con sus amigos, evitábamos que nos vieran juntos e incluso en clase hacíamos como si no nos conociéramos. Aquello era un paso. Quizá de esa manera...

—De acuerdo —le tendí la mano un tanto teatral—, acepto.

Él la miró, inerte en el aire. La tomó, besó la punta de sus dedos, y después la bajó hasta colocarla entre sus piernas, humedeciéndose los labios.

—Tú has quedado satisfecho —me recordó, porque le acababa de echar todo el yogurt en la boca—, yo aún no.

No tuvo que rogármelo, nunca tenía que hacerlo.

Por aquella época no sé de dónde sacaba fuerzas, pero cada vez que Adam demandaba yo estaba dispuesto a dar.

Fue otra jornada maratónica de sexo, besos, corridas y gemidos, como la de esta noche.

Con él tengo la sensación de que nunca es suficiente, que siempre hay espacio para un poco más de placer, para llegar más adentro, para pulsar más a fondo el resorte que hace que el cuerpo vibre de gozo.

Sudorosos y agotados volvimos a acostarnos, abrazados.

—¿En serio quieres que vaya a Newport? —le pregunté para asegurarme de que no era algo salido del deseo que tenía hacía unos instantes.

—Quiero que seas algo más que el tipo macizo y guapo que me folla a escondidas cada noche.

—¿Eso soy para ti? —bromeé.

—Eso es lo que dicen todas las chicas que te ven pasar —siguió mi broma—: «ahí va Tom Perkins. Qué suerte tiene la tipa que se lo esté follando».

—¿Y tú que respondes? —le seguí el juego.

Él me besó la punta de la nariz.

—Yo me callo, porque quien tiene la suerte de empapar tus sábanas de sudor soy yo.

Recuerdo que nos amamos otra vez. Y ahora duerme aquí, entre mis brazos, a pesar de que aquel viaje fue el peor error de mi vida.

CAPÍTULO 10

Adam

Todo lo que había entre Tom y yo terminó como había empezado: de repente, sin previo aviso, como una de esas olas gigantes que surgen del mar.

A final de aquel curso le pedí que me acompañara a Newport. Hasta ese momento nuestra relación no era otra cosa que infinitos encuentros siempre a escondidas donde el sexo era el vínculo que nos unía. ¡Y qué sexo!

El mantenía a sus amigos y yo a los míos. Él a sus chicas de una sola noche y yo a mi novia. Él iba a los bares que frecuentaban la mayoría de los alumnos y yo a los clubs exclusivos de los que nuestros padres eran socios.

Quizá todo funcionara bien así y no hubiera sido necesario nada más, pero no contaba con algo importante: estaba locamente enamorado de Tom Perkins, y tenía absoluta necesidad de gritarlo a los cuatro vientos.

La cosa no era fácil. Mi padre era uno de los tipos más conservadores del país, financiaba a los republicanos y le había oído decir en más de una ocasión que prefería un hijo muerto que maricón.

También estaba lo de mi novia, Daisy, y lo de que Tom era el único tío con el que me había liado. Había besado a un par de chicos en el instituto, pero no quise llegar más allá, no me gustaba, no me resultaba excitante.

Sin embargo, con Tom... solo era pensar en él y notaba cómo crecían mis pantalones y la piel se me erizaba de deseo.

El principal problema para presentarle a mis amigos no era que Tom me estuviera follando de aquella manera salvaje que sabía hacerlo, sino que mi padre nunca aceptaría que me codeara con el simple hijo de un obrero.

El viejo McLaren era un carcamal, y por más que mamá y yo intentábamos llevarlo al siglo XX, porque el XXI se hacía imposible, no había forma.

Pensé que, si conocía a Tom, si sentía su magnetismo como me pasaba a mí, podría llegar el momento de dar un paso más, de salir del armario y decir a pleno pulmón que estaba con aquel chico y queríamos conformar algo juntos... siempre que Tom también lo quisiera.

Tom llegó el martes y fui a recogerlo a la estación de autobuses. Cuando vio el Audi descapotable silbó de admiración.

—No esperaba menos —se burló de mí.

No lo llevé a la casa. Lo deseaba tanto que me perdí por caminos secundarios hasta un rincón apartado donde hicimos el amor en el asiento delantero de un coche demasiado incómodo para follar.

Después, desahogados, conduje despacio, disfrutando del paisaje, mientras le tendía la mano y entrelazaba mis dedos con los suyos.

—¿Qué me espera? —me preguntó.

Preferí ser cínico, aunque no dije otra cosa que la verdad.

—Un padre horrible y una madre encantadora.

—¿Mi habitación estará cerca de la tuya?

Lo miré a los ojos y si no necesitara estar pendiente de la carretera lo habría besado.

—Separadas por una puerta cerrada con llave... para todos menos para ti.

Mis padres no estaban cuando llegamos y, aunque intentó no parecer sorprendido por la magnificencia de la construcción, cuando al fin le enseñé su cuarto, miró alrededor con la boca abierta.

—Toda mi casa cabría en esta habitación.

Los primeros días fueron deliciosos. La casa era para nosotros solos, aunque el servicio estaba por todas partes. Nadar en la piscina con el apretado bañador y sin poder comernos era una tentación que aguantábamos hasta que todos dormían y él se deslizaba hasta mi cama, donde me follaba con tantas ganas que temía que mis gritos de satisfacción se oyeran en Nueva York.

El quinto día el mayordomo me anunció el regreso de mis padres. Estaba nervioso, mucho, y le insinué a Tom que podía prestarle algo de ropa.

—¿Te avergüenzas de mí? —contestó, sin saber ponerse en mi lugar.

—Por supuesto que no —me molestó—. Pero mi padre no es un tipo agradable.

Se los presenté como Tom Perkins, a secas. A mamá le pareció encantador. Mi padre estuvo más correcto que otras veces, aunque habló poco y observó mucho.

La cena fue menos tensa de lo habitual. Tom sabía entretenerlos con anécdotas de la universidad, historias relacionadas con el boxeo y con ese encanto natural que a mí me había atrapado y veía cómo lograba seducir a mi madre.

—¿Cómo dices que te apellidas? —preguntó papá de improviso. Se hizo el silencio y fui yo quien habló.

—Perkins.

Mi padre alzó las cejas.

—¿De Nevada? Allí hay unos Perkins que poseen un siete por ciento de las acciones de Meta.

Tom no se estaba dando cuenta de la trampa que le tendía papá.

—No deben ser parientes míos —sonríó—. Mi padre es un simple obrero y mi madre da un par de horas de clases de apoyo en una escuela local.

Mamá salió al trapo y distrajo la atención, pero ya era tarde, él lo sabía y podía reaccionar de cualquier forma.

La cena terminó sin sobresaltos. Pensé que papá se había socializado con la edad, y mi madre, llevándome aparte, me dijo que tenía un amigo encantador.

Esa noche fui yo quien se deslizó entre sus sábanas mucho antes de que el resto de la casa se acostara. Lo besé, me pegué a su cuerpo y se me escaparon de entre los labios las palabras prohibidas.

—Te amo.

Tom se me quedó mirando y creo que le brillaron los ojos. Esa noche hicimos el amor de una forma diferente, sin prisas, llena de ternura, de besos suaves, hasta el punto de creer que él sentía por mí lo mismo que yo le había dicho sentir por él.

Al día siguiente llegaron mis amigos. Se extrañaron de ver a Tom allí. Lo conocían de vista, sabían de él por la vez que me asaltó en la universidad, pero no podían comprender cómo había invitado a alguien que no tenía nada que ver con nosotros.

—Sus obras de caridad —dijo Cliff a los demás cuando Tom fue a por unas cervezas.

Lo miré de una manera que palideció.

—Es amigo mío —le dije—. Si no lo vas a respetar puedes largarte.

Se hizo el silencio, pero la llegada de un coche tocando el claxon logró que aquella tensión se disipara.

Era Gladys, y no la esperaba.

Sabía que estábamos en Newport porque su madre era amiga de la mía. ¿No se iba a Europa? Eso es lo que me había dicho que haría cuando termináramos el curso.

Se me tiró a los brazos y me besó justo cuando Tom aparecía en escena con algunas cervezas entre sus gruesos y largos dedos. Permaneció muy quieto, como una estatua de sal, pero logró sobreponerse y se unió al grupo.

La tarde fue extraña y por la noche fue Daisy quien se deslizó entre mis sábanas aunque yo le hice el amor anhelando que fuera Tom quien estaba entre mis brazos. Se quedó dormida enseguida y quise ir a su encuentro, pero cuando giré la manilla de la puerta estaba cerrada con llave desde el otro lado.

Por la mañana me desperté muy temprano y salí a correr. Necesitaba respirar aire y aclarar mis ideas.

Había ido allí para presentar a Tom a mi familia, a mis amigos, como paso previo para decirles a todos lo que sentía por él. Y no contaba con la presencia de Daisy, por supuesto, pero ella también se enteraría y no tendría más remedio que aceptarlo.

Cuando regresaba a casa acababa de amanecer. Las calzonas y la corta camiseta las llevaba empapadas de sudor y el pelo pegado a la cara.

Lo vi de lejos, a Tom, que caminaba a paso decidido. Se me ensanchó la sonrisa. Necesitaba besarlo más que cualquier otra cosa del mudo y, si no le importaba que estuviera sudoroso, amarlo entre los matojos que sorteaban el camino.

—No sabes cómo me alegre de verte —le dije cuando estaba muy cerca.

No contestó. Lo hizo su puño. El puño de un boxeador bien entrenado que me partió el pómulo y me tiró al suelo.

—¿Qué... Qué...? —ni pude preguntar.

—Vete a la mierda, gilipollas —me gritó él, furioso, tanto que hasta ese momento no me había percatado de que lo estaba—. No quiero volver a verte en tu jodida vida de hijo de puta.

Se marchó con el macuto en la mano. Tampoco lo había visto al acercarse, de tantas ganas como tenía de verlo.

¿Era por lo de Daisy? ¿Por haber pasado la noche con ella?

Nunca llegué a saberlo, porque cumplió su palabra y no nos volvimos a ver hasta ayer, cuando coincidimos en el embarcadero.

CAPÍTULO 11

Tom

Cuando los amigos de Adam aparecieron en Newport me jodió bastante, pero tuve que aceptar que una vez se trataba con ellos no eran tan gilipollas como había imaginado. Lo de su novia fue distinto.

En aquellos días que habíamos pasado juntos casi la había olvidado. Era como si Daisy nunca hubiera existido, o como si, una vez volviéramos a Stanford, ella pasaría a un segundo plano que ocuparía... yo.

Sí, lo reconozco. En ese momento estaba jodida y perdidamente enamorado del Adam McLaren, el niño pijo que me quitaba el sueño y por quien suspiraba como si me faltase la vida.

Cuando Daisy se tiró a sus labios sentí celos. Sí, un ramalazo áspero que me revolvió el estómago y me dio ganas de vomitar. Pero duró poco. En el fondo, en lo más profundo de los ojos de Adam, sabía que él y yo teníamos algo especial y que su novia, esa chica guapa y algo simple que pasaría allí un par de días, no tenía nada que hacer una vez se despidiera.

Me comí los puños y decidí quedarme a un lado durante su estancia. Él necesitaba su espacio y ella también. Si Adam quería intimidad, me la pediría. Si le era necesario un poco de tiempo, también lo tendría.

Me retiré temprano. Por mucho que hubiera racionalizado mi comportamiento no me apetecía verlos besarse ni a ella meterle la mano por debajo de la camiseta. Adam me miraba con cierta angustia de vez en cuando, como si quisiera tranquilizarme, decirme que aguantara un poco más.

Entré a mi habitación y decidí ponerme los auriculares para oír algo de música. Si ellos iban a ocupar la del otro lado no quería oírlos follar. De eso estaba seguro que no lo soportaría.

Iba a colocármelos cuando llamaron a la puerta. Sonreí. ¡Qué pronto me había echado de menos! Me pasó por la mente la idea de que, si hacíamos el amor antes de que se fuera, esa noche tendría poco que darle a Daisy.

Abrí con una sonrisa en los labios que se me congeló en cuanto vi quién era.

—Señor McLaren —exclamé al verlo al otro lado de la puerta ataviado con el esmoquin que aún no se había quitado.

Él sonrió, aunque sus ojos eran fríos.

—Tom, ¿verdad?

Permanecí con la mano en el pomo, sin moverme, asaltado por los malos presentimientos.

—¿Suced algo?

—Solo quería charlar contigo —se frotó las manos—. ¿Es buen momento?

Aquello era extraño. ¿Le había pasado algo a Adam? ¿Había metido la pata y no me había dado cuenta?

Me aparté y dejé el hueco libre

—Sí, pase.

Él lo hizo, despacio, como si temiera contagiarse de algo, dando pequeños pasos y husmeando alrededor, como un hurón. Solo después de comprobar que no había nada extraño se

volvió hacia mí.

—¿Estás cómodo? ¿Te parece agradable la habitación?

Asentí.

—Mucho.

Él también lo hizo. El corazón me latía a cien. ¿Qué estaba pasando?

—Adam ha dicho que sois compañeros de clase —continuó—. Stanford no es una universidad barata.

Así que era aquello. Ya me lo había advertido Adam: su padre era un viejo clasista. Decidí no tomármelo a pecho.

—Soy bueno estudiando —contesté— y supongo que también pidiendo becas.

—Sí, por supuesto —movió una mano como si apartara una mosca—. ¿Te han presentado a Daisy? Es la novia de Adam.

¿A qué venía aquello? Yo estaba absolutamente desconcertado. Había intentado pasar desapercibido para el señor McLaren y ahora lo tenía husmeando en mi habitación y hablando sobre la novia de su hijo. Sonreí, pero me salió algo crispado.

—Sí, me la presentaron esta tarde, pero nos conocíamos de vista.

Él asintió, parecía que le había dado una buena noticia.

—Es una chica encantadora —me explicó—, y de una de las mejores familias de este dichoso país. Mi esposa y yo estamos muy satisfecho de que Adam la haya elegido.

Me empezó a doler el estómago.

—Son solo novios —repuse.

Él alzó las cejas, como si hubiera dicho una estupidez.

—Mi mujer y yo también nos conocimos en la universidad.

Ya no podía más. Me crucé de brazos y lo miré a los ojos.

—¿Cuándo me va a decir para qué está aquí?

El señor McLaren, el padre de Adam, me agradeció que no tuviera que dar más vueltas. Me encaró, ladeó la cabeza para analizarme y se humedeció los labios antes de soltarme:

—Quiero que dejes de follarte a mi hijo.

Fue como si me hubiera lanzado un gancho directo al estómago. Me quedé mudo, sin habla, y mis ojos se abrieron de par en par. Lo sabía, quizá siempre lo había sabido, y nosotros andándonos con todo el cuidado...

Noté cómo me enfurecía. Cómo detestaba que aquel hombre quisiera decidir sobre el futuro de Adam, sobre el mío.

—Eso no es algo que tenga que decidirlo usted —le contesté, conteniéndome para no escupirle a la cara.

Él sonrió, lo que me enfureció aún más.

—Me temo que sí —me dijo—. Tengo grandes planes para Adam y tú no entras en ellos.

Se me escapó un resoplido de asco.

—¿Se lo ha consultado a él?

—Él hará lo que yo diga —contestó con firmeza—. Lo ha hecho siempre.

Así que había venido para darme órdenes. ¿Quién se creía que era? ¿Quién creía que era yo para pensar que tendría alguna ascendencia sobre mí? Le señalé la puerta.

—¿Eso es todo?

Él no se movió de donde estaba.

—Creo que no me has entendido, muchacho —dijo despacio—. Puedo hacerte mucho daño si no te apartas. ¿Tu universidad? Soy uno de sus patronos. ¿Tu trabajo? No sé qué mierda

haces, pero conoceré a alguien que conozca al jefe de tu jefe y te pondrán de patitas en la calle, así hasta el final de tus días.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero no cedí.

—¿Amenazas? ¿Cree que me afectan?

Su sonrisa cínica se intensificó.

—A ti no, pero sí a tus padres, y a tus amigos —hizo una pausa para que lo digiriera—. Contaminarás todo lo que toques porque tengo recursos para hacer que te vigilen y que te hagan la vida muy infeliz, y a quienes se acerquen a tu lado.

Podía hacerlo, claro que podía hacerlo. Aquello me enervó.

—Es usted un mal hombre —solté, como si esas inocentes palabras pudieran hacerle mella.

—Es posible —ladeó otra vez la cabeza—, pero lo hago por mi hijo. Si la mancha que tú supones en su vida se hace pública, lo perderá todo, su carrera política, sus amistades, su mundo. Apártate si de verdad lo quieres.

Esta última frase impactó en mí. Yo sería el responsable de lo que le sucediera a Adam, yo el responsable de su desgracia. No pude soportarlo.

—¿Eso es todo? —intenté aparentar una dureza que no tenía.

Él fue hasta la puerta.

—Mañana, cuando me levante, no te quiero ver aquí —dijo mientras la abría—. De lo contrario...

—¿De lo contrario? —aún tuve la capacidad de parecer el chulo que era, el niño que siempre he sido.

—Te arrepentirás —y salió dando un portazo.

Cuando me quedé solo me senté en la cama, caí en ella más bien, sin poder dejar de pensar en lo que había ocurrido.

Lo que aquel tipo pudiera hacer conmigo me importaba una mierda. Como afectara a los míos... eso me dolía bastante. Pero lo que de verdad no salía de mi cabeza era la manera en que afectaría a Adam que yo siguiera en su vida.

Cerré la puerta que daba a su habitación con llave y me di una larga ducha.

A la mañana siguiente, cuando amanecía, abandoné la mansión a hurtadillas. Lo que no esperaba era encontrarme con Adam. Debería estar durmiendo, sujetando en sus brazos a la bella Daisy, pero estaba allí, delante de mí, guapo y sexy como nunca. Venía de echar una de sus carreras matutinas. Lo había aprendido de mí, que me gusta correr antes de que salga el sol.

Me saludó, ajeno a lo que había pasado. Yo quería abrazarlo, besarlo, decirle que cogiera sus cosas y nos marcháramos para siempre... pero solo podía hacer una cosa, que me odiara, que me detestara, que nunca, jamás, pensara siquiera en la loca idea de que lo nuestro pudo ser una buena idea.

Y entonces le golpee.

CAPÍTULO 12

Adam

Cuando abro los ojos me doy cuenta de que estoy solo. Tom se ha apartado de mí y ni me he percatado.

Sonrío. La noche ha sido... ¡fantástica! Echaba tanto de menos las manos de Tom, los labios de Tom, la polla de Tom. Me doy cuenta de que llevo media vida, desde el instante mismo en que él me golpeó, buscándolo, intentando encontrar una excusa de por qué debo volver con él, de por qué debo perdonarlo.

Me incorporo sobre los codos. Sigo desnudo, completamente desnudo, y hay rastro de sexo sobre mi cuerpo. No tardo en localizarlo. Está saliendo del mar, apartándose el cabello de la cara y viene hacia mí, a contraluz.

Su cuerpo grande y fuerte me arranca un gemido. Entonces, cuando éramos dos chavales universitarios, empezaba a conformarse. Ahora es un dios, un apolo, y todo en él habla de placer.

El corazón me late con fuerza. Hay algo en Tom, algo entre él y yo que no existe con nadie más. A lo largo de mi vida he tenido parejas y amantes. Y un matrimonio que apenas duró. En todas y cada una de esas relaciones lo he echado de menos y lo he buscado. Sí, lo he buscado, porque comparaba cada beso con los suyos, cada caricia con las que me regalaban sus manos y cada orgasmo con los que tenía entre sus brazos.

Recuerdo las semanas siguientes al suceso de Newport.

Me asaltó la fiebre y tuve que permanecer varios días en cama. El médico decía que no tenía nada, que seguramente no era más que un resfriado de verano, que son los peores.

Yo sabía muy bien de qué se trataba: de un corazón roto, desgarrado. Y esa dolencia no tiene buen pronóstico.

Mi padre, que nunca había sido de esos que demuestran sus sentimientos a sus hijos, estuvo muy atento de mí todo ese tiempo. Charlamos bastante, aunque yo solo quería dormir y olvidar, olvidar a Tom Perkins.

Poco a poco me fue hablando de su empresa, de sus proyectos, de la necesidad de que empezara cuanto antes a formar parte de su equipo directivo para entender la arquitectura empresarial que iba a heredar.

Me importaba un bledo, de verdad, pero tener la mente ocupada me permitía dejar de pensar en él, en el hombre del que estaba locamente enamorado, en el tipo de vida que me hubiera gustado tener con Tom si los acontecimientos se hubieran precipitado de otra manera.

¿Pobres? Me daba igual. ¿Solos? No me importaba. Pero siempre junto a Tom.

Daisy y yo lo dejamos al poco. En cierto modo no podía seguir con ella porque si Tom se había cabreado era porque Daisy y yo estábamos juntos. No es que tuviera la culpa, por supuesto, era y es una mujer maravillosa. Pero yo necesitaba olvidar al hombre de mi vida y no recordarlo cada una de las veces que mirara a mi novia a los ojos.

El curso siguiente no lo vi. Me dijeron que le habían suspendido la beca por un tema de peleas. Más adelante me enteré que así era y se pagaba la matrícula dando puñetazos en un ring. Quise ir a verlo, debía de ser una de las cosas más sexys del mundo, pero sabía que

encontrármelo era sinónimo de volver a las andadas con un hombre que me detestaba.

Tom sacó la carrera sin ir a clase y yo alternando los estudios con algunos trabajos en la empresa de mi padre, la misma que ha quebrado por las malas decisiones de mi progenitor.

Miro otra vez a Tom, que avanza desnudo y con el cuerpo empapado desde la orilla del mar. Este naufragio ha sido una bendición porque he comprendido que llevo toda la vida siendo un náufrago y que solo con él tengo la sensación de haber llegado a puerto. Lo deseo, lo deseo a cada momento, y me pongo de pie para ir en su búsqueda.

—Una embarcación—me dice y yo tardo en entenderlo.

—¿Has visto un barco?

—Viene hacia aquí —me señala hacia el mar y veo claramente la silueta de una lancha a motor—. Nos han encontrado.

Se me ensancha la sonrisa. Sabía que sería cuestión de uno o dos días. Estaba seguro.

—Lo primero que haré será tomarme una botella de champán —lo sujeto por la cintura para que no se escape y le beso en los labios—. Contigo, por supuesto. ¿Y tú?

No me sigue el beso, lo que me extraña. Tampoco hace por apartarse.

—Supongo que retomaré mi vida sin más.

Arrugo las cejas. ¿Ha pasado algo? ¿He hecho alguna cosa de la que no me he dado cuenta?

—¿Va todo bien? —le pregunto.

Tom me besa esta vez, algo casto y ligero, y se aparta en busca de sus escasas pertenencias. ¿Le pasa algo? Seguro que no. Deben ser imaginaciones mías.

—Sí, todo bien, pero será mejor que nos vistamos. Se asustarán si nos ven en bolas —me señala con la barbilla—. Y báñate. Tienes semen reseco por todo el cuerpo.

Le lanzo un beso y me meto en el agua.

¡Soy feliz! Creo que por primera vez en mi vida sé que no se puede ser más feliz.

Me restriego la piel hasta quitar la deliciosa costra blancuzca. Tardo un par de minutos y salgo de nuevo hacia donde Tom ya se ha vestido con su sucinto bañador y la camiseta sin magnas.

—Echaré esto de menos —me dice, y me sonrío con cierta tristeza.

—No tienes por qué —le insinúo, guiñándole un ojo.

Me pongo el bañador y busco mi camiseta, tendré que reformar mi armario. Mi ropa y la de Tom no encajan de ninguna manera: demasiado pijo y demasiado macarra, diría yo. ¿Habrá aun término medio? Solo los trajes que tenemos que llevar para el trabajo. Sonrío otra vez.

—Adam —carraspea él—, tú y yo...

No lo dejo terminar.

—Llevo echándote de menos toda mi vida. ¿Dudas acaso de que pudiéramos llevarnos bien?

El rugido del motor ya se escucha cerca. Unos minutos y atracarán en la playa.

Él me mira. Parece descompuesto. Guapo y preocupado. Vuelvo a desearlo.

—Dudo incluso que podamos ser amigos —me dice.

Aquello me horroriza, le busco la mirada, pero él la esquivo.

¿Qué está diciendo? ¿Otra vez? ¿Esto es solo parte de la misma historia que llevamos escribiendo desde que somos niños? Voy hacia él. Necesito que me mire. Que lea en mis ojos lo que siento, que comprenda que nos amamos, él y yo, los dos.

—Tom...

—Quedémonos con los recuerdos —traga saliva y se aparta—. Aquí, solo nosotros dos,

todo es posible, pero al otro lado del mar...

—¿Qué diferencia hay? —le suplican mis ojos.

—Que ninguno de los dos estamos hechos para ser felices juntos.

Y me deja para ir en busca de la lancha, que ya ha atracado en la arena, mientras yo maldigo que nos hayan rescatado.

CAPÍTULO 13

Tom

La jodida lancha nos sacó de aquella isla y nos llevó al puerto del que habíamos zarpado. Nos habíamos desviado cien millas náuticas y llevaban buscándonos desde que amainó la tormenta.

Durante el trayecto, nuestros salvadores no pararon de hablar, de preguntar cómo lo habíamos pasado y de felicitarse por habernos encontrado. Al parecer un avión había divisado el SOS trazado en la arena y por eso habían venido a tiro hecho.

Adam y yo no hablamos, mientras la neumática saltaba sobre las olas hasta nuestra salvación. Yo contestaba escuetamente a las preguntas porque mi cabeza no dejaba de intentar convencerse de que aquella era la mejor opción, la única opción.

Lo habíamos intentado en el pasado y siempre había sido un desastre. ¿Quién nos garantizaba que fuera a funcionar bien? Él seguía siendo el niño bien de siempre. Yo el macarra de toda la vida. Agua y aceite, aunque en la cama nos fuera de maravilla.

Era la mejor opción, sin duda, la única opción.

En el puerto nos esperaba un comité de recepción, como si hubiéramos estado extraviados durante años en vez de horas. Mi jefe estaba tan preocupado como exultante y en cuanto se aseguró de que yo estaba bien y no iba a interponer una demanda centró toda su atención en Adam.

Frank se me tiró a los brazos en cuanto me vio.

—Tío, pensaba que no te volvería a ver.

Lo tranquilicé.

—Soy duro de roer —le contesté.

—¿Cómo te ha ido con el gilipollas? —señaló al hombre que amaba—. Habrá sido un infierno.

Tragué saliva. ¿Cómo le explicaba que era mi paraíso? No dije nada, simplemente le di un abrazo de amigo.

Clifford y aquella chica guapa con quien los había visto hablar acogieron a Adam y se lo llevaron lejos de mí.

Lo vi pasar por mi lado y vi su mirada. ¿Tristeza? ¿Angustia? No lo sé. El caso es que ni siquiera cruzamos unas palabras de despedida y todos dieron por sentado que dos tipos que se detestaban no habían logrado hacer las paces ni siquiera cuando estaban solos en medio de la nada.

Ese mismo día volví a la ciudad. Mi jefe me dio un par de jornadas libres e intenté reorganizar mi mundo. Desde que Adam había aparecido estaba boca abajo. Lo echaba de menos, y mucho, pero mi obsesión por el trabajo pronto me sumergió en un sin sentido de días laborales que comenzaban al alba y terminaban a altas horas de la noche.

El tiempo pasó y, al contrario de lo que había esperado, Adam no salía de mi cabeza. Por más que me esforzara, por más horas que echara en el curro, en el gimnasio golpeando el saco, bebiendo hasta altas horas de la noche, Adam seguía ahí, en cuanto cerraba los ojos, en cuanto alzaba la vista de un documento o de una copa, al solaz de un bar.

Siete meses después supe de él en la consulta del dentista. Llegué pronto e iban con retraso. Miré el móvil, hice un sudoku y, cuando no tenía con qué entretenerme, cogí una revista del corazón de la pila amontonada en la sala de espera.

En la tercera página había varias fotos de Adam. Estaban tomadas en lo que parecía una cafetería elegante de una gran ciudad. Busqué el pie de imagen, donde aclaraba que era un famoso café de París.

No estaba solo, lo acompañaba una chica muy guapa, la misma que estaba en el embarcadero el día que nos rescataron. Él titular decía «¡Pillados!». La periodista hablaba de los rumores de una próxima boda entre el heredero del desafortunado holding McLaren y aquella famosa artista plástica de la que no había oído hablar.

Me quedé mirando la foto. Estuve tentado en arrancar la página y llevármela conmigo, pero la señora que estaba al otro lado de la sala se habría preguntado qué carajo hacía.

Adam estaba más delgado, pero me atrevería a decir que aún más guapo. Tenía el rubio cabello crecido, la barba salvaje y una camisa de lino que desencajaba su imagen de niño bien. Pantalones anchos y sandalias. Al parecer su estirado atuendo se había suavizado durante estos meses, seguro que era por la influencia de su nueva novia.

Sentí un pellizco en el corazón y paseé, inconscientemente, mi dedo por la imagen.

¿Qué hubiera pasado si las cosas hubieran salido de otra manera? ¿Qué habría sido de nosotros si su padre no se hubiera interpuesto entre ambos?

Suspiré y arrojé la revista al montón.

Debía concentrarme en mi idea de que lo nuestro jamás podría ser posible, de que habíamos nacido para ser enemigos, nada más.

Así que se casaba. En cierto modo me quedaba tranquilo que lo hiciera con una mujer, verlo con un tío me habría arrancado otro tipo de celos. ¿Celos? ¿De verdad?

Se me escapó un gemido de enfado. ¿Por qué conseguía molestarme de aquella manera la sola visión de una foto de Adam McLaren? ¿Es que nunca desaparecería de mi vida?

La enfermera vino a buscarme.

—El doctor le espera —me dijo—. Nos hemos retrasado porque nos habíamos quedado sin anestesia. Un dentista son anestesia —sonrió—. ¿Se imagina qué locura?

No supe si era broma, pero lo cogí al vuelo.

—Prefiero que me lo haga a pelo —contesté.

Ella no sabía de qué hablaba, ¿o sí? Quizá el dolor de una ortodoncia sin anestesia lograra, por fin, hacerme olvidar a Adam McLaren.

Pero ahora, un mes después, sé que no es posible.

CAPÍTULO 14

Adam

Tengo las maletas en el coche, los billetes de avión en el bolsillo y la cuenta corriente con el dinero justo para llegar a mi destino y sobrevivir un par de meses.

Echo una última ojeada al que ha sido mi apartamento durante los últimos tiempos, un dúplex con vistas a Madison y con una terraza de vértigo.

Se acabó. En cierto modo, por fin se acabó.

Todo lo precipitó el artículo que una revista rosa publicó sobre un supuesto romance en París. La periodista daba a entender, o más bien decía explícitamente, que Corinne y yo íbamos a formalizar un compromiso. La noticia no podía ser más absurda: ella era la mejor amiga de mi exnovia y la única que sabía lo de mi historia con Tom.

Se dio cuenta en cuanto desembarcamos en el puerto. Lo vio en mis ojos, en su forma de mirarme, en la manera en que no quería marcharme de allí. Me lo preguntó sin tapujos en cuanto estuvimos a solas, porque Cliff nunca lo entendería.

—¿Te gusta ese tío?

Yo le contesté de la misma manera.

—Sí.

A partir de entonces nos convertimos en confidentes, en buenos amigos, y ese fin de semana en París yo necesitaba más que nunca hablar de Tom, de que no era capaz de quitármelo de la cabeza y de que cada vez pensaba más en él.

El artículo, a pesar de contar una mentira, tuvo cierta relevancia en los programas nacionales que trataban este tipo de asuntos del corazón, lo que provocó que ciertos socios de mi padre llegaran a pensar que este escondía algún as en la manga, y así terminaron de quitarnos lo que nos quedaba.

Papá y mamá habían sabido descapitalizar la empresa a su favor. Mantenían la casa de Newport y el apartamento en Manhattan, así como un buen fidecomiso para el resto de su vida. Yo no tenía nada. Ni siquiera un mísero apartamento donde vivir. Tampoco dinero para pagarme el que estaba cerrando en este momento antes de montarme en el coche que me llevaría al aeropuerto.

Este drama, al contrario de lo que puedas pensar, me había llenado de tranquilidad. Tenía una carrera, no me preocupaba el trabajo duro, y estaba deseoso de empezar de nuevo por mí mismo, sin la sombra perenne de mi padre sobre mí.

Podía haber empezado aquí, en la gran ciudad, o al menos en este mismo país, pero necesitaba alejarme de Tom, todo lo posible, como única forma de empezar a olvidarme de él.

Suspiré cuando cerré la puerta y dejé las llaves bajo la esterilla, como me había dicho el administrador del edificio.

El ascensor me llevó a la planta baja, donde me despedí del portero, y al fin salí a la tranquila calle trasera con ganas de comerme el mundo hasta que...

El tipo con el que choqué era un armario ropero, y si no llego a estar en buena forma me hubiera caído de bruces.

—Perdón —dije yo, aunque la culpa había sido de él.
Fue entonces cuando me volví, y también fue cuando descubrí que acababa de chocar con Tom.

—Vaya —dije.

—Vaya —respondió él.

Me pasé las manos por el cabello para disimular, porque estaba seguro de que acababa de enrojecer. ¡Era Tom! Joder, era Tom.

—Qué casualidad —solté como un idiota.

Estaba guapo a rabiar, y sexy, y sonriente. ¿Cómo podía gustarme tanto este tipo? Señaló al coche de alquiler con las maletas cargadas en el techo.

—¿Te vas de viaje?

—Me marchó una temporada, sí —mis manos se me colaron en los bolsillos. Si las dejaba sueltas se daría cuenta de lo nervioso que me ponía—. ¿Qué tal estás?

Tom se encogió de hombros.

—Bien. ¿Y tú? —me miró de arriba abajo, muy despacio, temí empalmarme—. Bueno, te veo muy bien.

Tartamudeé como un estúpido.

—Tu-tu amigo... ¿Frank se llamaba? Me dijo que te habías marchado del trabajo.

Él parecía tan tranquilo, tan sereno, tan dominando la situación que lo odié tanto como lo amaba.

—Sí —se encogió de hombros—, no quería toparme contigo.

—Pues qué mala suerte, porque acabas de hacerlo.

Sonrió y nos quedamos mirándonos.

¿Cómo hubiera sido mi vida con él? ¿Cuándo lo olvidaría? Decidí despedirme cuanto antes, pero él volvió a preguntarme.

—¿A dónde vas?

—A Londres, en principio.

—¿Qué piensas hacer allí?

Entonces fui yo quien se encogió de hombros.

—Buscar trabajo, vivir, empezar de nuevo.

Tom asintió. Su pie removió algunas hojas del suelo antes de mirarme de nuevo.

—Vi tus fotos en la revista.

Solté un resoplido. Las había visto todo el mundo.

—No te tragarías lo de la boda, ¿verdad?

—Sí —asintió—, lo hice, pero después llamé a tu madre.

Por un instante creí escucharlo mal, pero no, había dicho eso, que había estado hablando con mamá. Debía ser alguna de sus gracias. Seguro, eso era.

—Estás de coña.

Su rostro no lo parecía.

—No —me dijo—, no lo estoy.

El corazón empezó a latirme en el pecho a una velocidad que temí que me fuera a dar un infarto.

—No me ha dicho nada —contesté, porque no entendía qué era aquello.

—Le pedí que no lo hiciera.

Volvimos a permanecer en silencio. Yo intentando descubrir en sus ojos qué estaba pasando entre nosotros, y él... quizá divirtiéndose por lo que ocurría. Se me escapó un suspiro.

—¿Qué te dijo mi madre?
Él se humedeció los labios. La simple contemplación de su lengua hizo que algo se removiera en mi entre pierna.
—Que estabas coladito por mí.
Bufé. Mataría a mamá en cuanto la tuviera enfrente.
—¿Eso te dijo?
Tom asintió.
—Las madres nos conocen mejor que nosotros mismos.
Me sudaban las palmas de las manos. Intenté limpiármelas con la pernera del vaquero.
Me sentía torpe, desamparado, enamorado.
—¿Has venido aquí por eso? —me atreví a preguntar.
Tom dio un paso al frente con sus largas y fuertes piernas y quedó muy cerca de mí. Introdujo un pulgar en cada una de las trabillas laterales de mi pantalón y me atrajo hacia sí.
—He sido un gilipollas —confesó, pero yo ya solo estaba pendiente de sus labios.
—Sí, lo has sido —atiné a decir.
Me pegó aun más a sus caderas y noté el roce de su miembro con el mío.
—¿Habría alguna posibilidad de que tú y yo lo intentáramos de nuevo?
Me costaba trabajo hablar. ¿Me estaba dando un infarto? Sí, seguro que aquello era un infarto, que había perdido la conciencia y que todo eso me lo estaba imaginando, pero era tan real, tan autentico...
—¿Me estás pidiendo...? —carraspeé—. No sé... ¿salir?
Él se encogió de hombros.
—Como novios o algo así, sí.
Una sonrisa involuntaria se me dibujó en los labios. Pero no, no se lo iba a poner fácil después de cómo me lo había hecho pasar en los últimos meses.
—¿Qué dirán tus amigos? —arremetí.
—Me importa una mierda, aunque tu amigo Cliff lo llevaría fatal.
Arrugué la frente. Tenía que hacerlo sufrir un poco más.
—¿Sabes que no tengo un solo dólar? Te lo digo porque si haces esto para encontrar un buen partido, soy una malísima inversión.
Acercó su rostro y me besó bajo el lóbulo de la oreja consiguiendo que me estremeciera.
—Me acostumbraré a una vida sin lujos.
Saqué del bolsillo trasero del pantalón mi pasaje y lo enarbolé en el aire.
—Tengo un solo billete de avión.
Tom me lo arrebató y lo rompió en cuatro partes para volver de inmediato a mis trabillas.
—Yo te lo reembolsaré.
Me besó el cuello, mientras notaba cómo su verga empezaba a tomar esa consistencia que me volvía loco, y palpitaba contra mi ingle.
—Y no tengo dónde dormir esta noche —logré articular, aunque lo que quería hacer era gemir.
Tom me besó la barbilla, la mejilla, y me dio un ligero beso en los labios.
—Mi cama mide dos metros.
Me había vencido. Y lo mejor de todo... me encantaba que así fuera.
Señalé el coche cargado de bártulos.
—Y tengo muchos chismes.
Él volvió a morderse el labio, un gesto que conocía bien y que significaba que ya no

aguantaba más.

—Cállate, bobo —me dijo—, y bésame.

Muchas gracias por leer esta novela.

Me puedes ayudar a difundirla dejando una valoración en Amazon.

Solo tienes que escanear el código QR y entrarás en la página de valoraciones.



GRUESA

Matt Winter

CAPÍTULO 1

James

El caño de meado impacta sobre la porcelana blanca y no puedo contener el gemido de alivio.

¡Joder! Llevo siete horas de vuelo y las putas turbulencias no nos han permitido levantarnos de nuestros asientos durante las cuatro últimas, justo antes de que decidiera que no era mala idea echar una meada.

Ahora, en el aeropuerto de Abu Dhabi, al fin he podido encontrar un aseo antes de ir en busca de mis maletas.

Siento un movimiento a mi lado y me cruzo con la mirada de otro tío que acaba de colocarse en el urinario que hay junto a mí. El tipo se muerde el labio inferior y tarda más de lo correcto en apartar sus ojos de los míos.

Miro alrededor. En mi hilera hay otros siete vacíos y el colega ha ido a colocarse en el que está a mi lado. Ahora soy yo quien se muerde el labio inferior y agacho la mirada para ver qué se trae entre manos.

Se ha desabrochado el pantalón y se está bajando la cremallera. Trastea dentro de un *slip* blanco y ajustado hasta que una enorme polla nórdica sale, pesada y nudosa, de la tela.

La miro con ganas y con hambre mientras él da un paso atrás para que la vea en toda su dimensión. Es un tipo grande y tiene una polla grande.

Toma la cabeza con dos de sus gruesos dedos y echa el prepucio para atrás, dejando al descubierto un glande ancho, de borde recio, por donde de inmediato sale un caño potente que horada la porcelana.

Solo entonces me mira, y yo alzo los ojos de su polla para enfrentarme a sus ojos.

No hay mucho más que decir.

Miro alrededor para cerciorarme de que no hay nadie en este momento en el aseo y, con la polla en la mano, retrocedo hasta meterme en uno de los cubículos con inodoro. Si tenía ganas de mear, más ganas tengo de follar. [...]

Este es un extracto del primero capítulo de **GRUESA**.

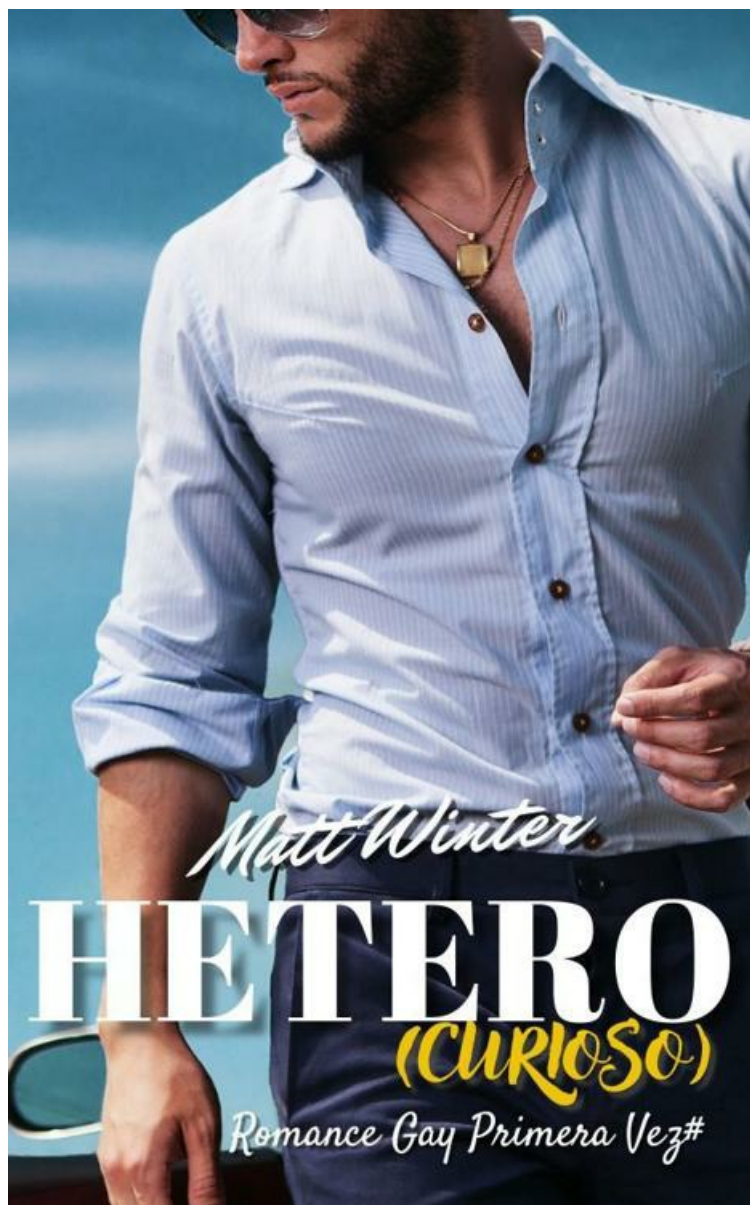
Está en preventa hasta el 17 de abril con **un descuento del 33%**.

Benefíciate de él y resérvala ya siguiendo el código QR.

No se te cargará el pago hasta el día del lanzamiento.



Otras novelas de la serie «Primera vez»



Heterocurioso

Cuando **Jorel** conoce a **Dom**, el masculino compañero de su mejor amiga, piensa que es guapo y que está tremendo, pero también sabe que es heterosexual hasta la médula y que está fuera de sus posibilidades.

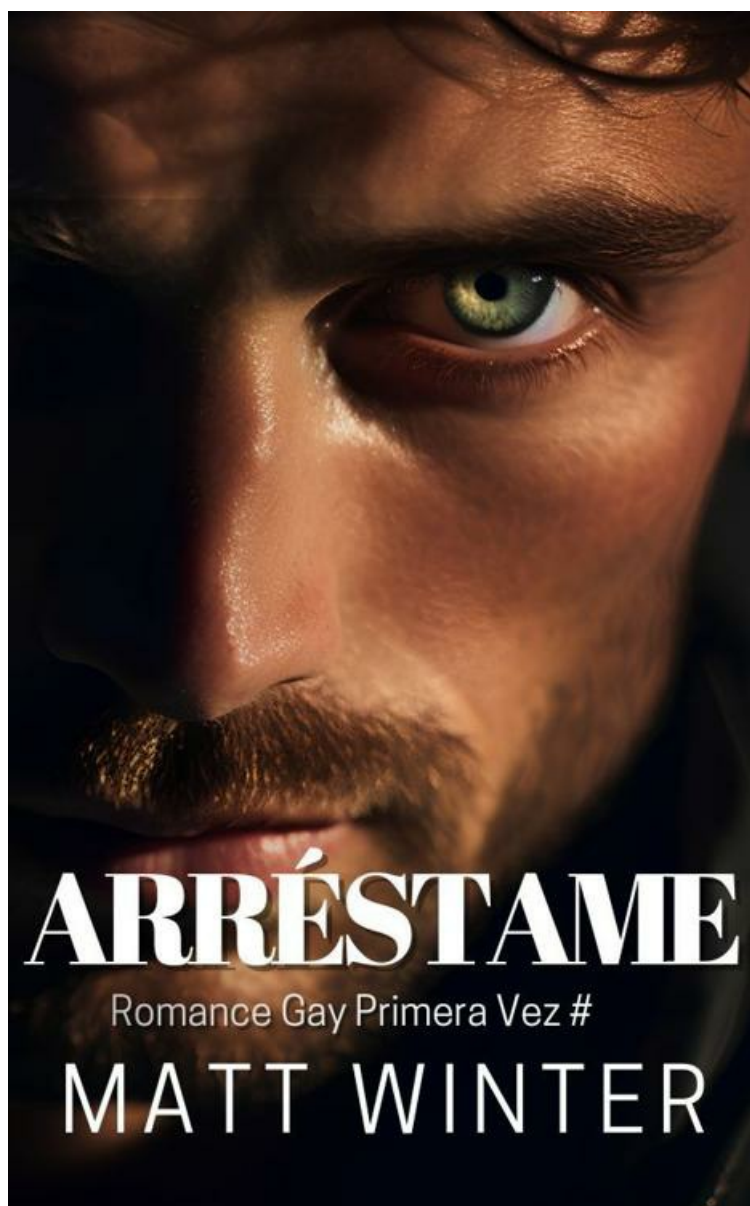
Pero Dom parece tener cierta curiosidad hacia él. ¿Será que le fascina la naturalidad con la que vive su sensualidad, o hay algo más?

Cuando los encuentros con Dom parecen no ser casuales y este da un paso en una dirección

inesperada, Jorel decide aprovecharlo. **¿Cuándo se llevará otra vez a la boca a un macho así?**

**EMPIEZA A LEERLA GRATIS SIGUIENDO
EL CÓDIGO QR**





Arréstame

Tony ha sido pillado por la policía con las manos en la masa mientras robaba ese Smartphone que tanto deseaba su novia y que él nunca podría comprarle.

Lo que no entraba en sus planes era que aquella noche, en el solitario calabozo, a manos del **agente Ferguson**, se fuera a convertir en una de las más excitantes de su vida, tanto que en lo único en que piensa es en cómo lograr que aquel policía guapo y machote le vuelva a hacer todo aquello que le ha escandalizado y le ha gustado a partes iguales.

**EMPIEZA A LEERLA GRATIS SIGUIENDO
EL CÓDIGO QR**





Juego sucio

A **Joshua** solo le queda un combate para proclamarse campeón mundial de wrestling, la lucha libre que prima el contacto físico entre los competidores.

Leon sabe que este será su último combate y que va a luchar contra el mejor, pero tiene que ganar a toda costa.

Lo que ninguno de los dos sospecha es la química especial que surgirá desde el primer momento en que se encuentren y que se acrecienta con cada llave, con cada abrazo mortal, contenga tanta pasión que las delgadas mallas de licra no pueden contener.

EMPIEZA A LEERLA GRATIS SIGUIENDO

EL CÓDIGO QR

